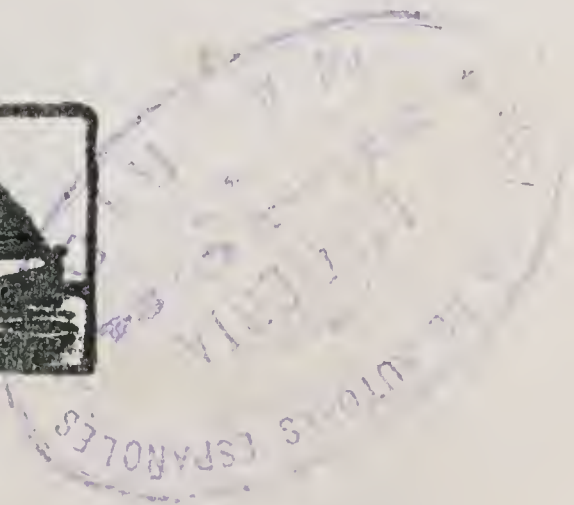


SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

EL NIDO

COMEDIA EN DOS ACTOS



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

—
1914



JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T BORRÁS

N.º de la procedencia

4670.

EL NIDO

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

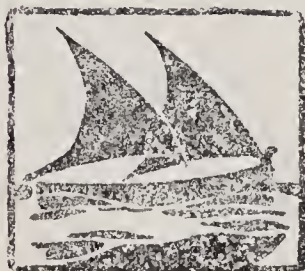
CUARTA EDICIÓN

SERAFÍN y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

EL NIDO


COMEDIA EN DOS ACTOS

Estrenada en el TEATRO LARA el 31 de Octubre de 1901



MADRID
IMPRESA DE REGINO VELASCO

1914



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

AL SEÑOR

Don Luis Montoto y Rautenstrauch,

poeta del hogar,

en testimonio de admiración y cariño.

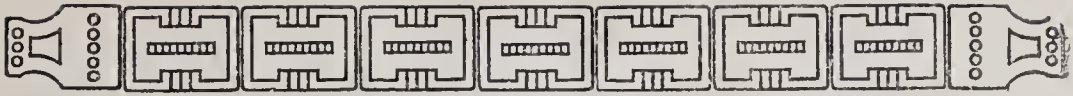
REPARTO



PERSONAJES

ACTORES

TERESITA.....	Nieves Suárez.
DOÑA JOSEFA.....	Balbina Valverde.
MARTA.....	Clotilde Domus.
DOÑA FEDERICA.....	Leocadia Alba.
CANDIDITA.....	Matilde Rodríguez.
RAMONA... ..	Amelia Ziur.
RAIMUNDA.....	Aña Quijada.
JAIME.....	José Santiago.
DOÑ PABLO.....	Julián Romea.
REQUEJO.....	Manuel Rodríguez.
LEOPOLDO.....	José Montenegro.
DON CARMELO.....	Manuel Vigo.
ROQUITO.....	Francisco Barraycoa.
DON ABEL.	Agustín del Valle.



ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de Jaime, en Madrid. Es un nido de amores, sin estrenar todavía. El papel de las paredes, de fondo verde pálido: se conoce que está elegido por la amante pareja. Al foro hay una puerta, a la izquierda del actor otra y a la derecha un balcón. Alfombra clara. Muebles, cuadros y telas relativamente modestos, pero coquetones y elegantes. A la derecha de la puerta del foro sofá y butacas. En los rineones dos columnas, con sendas figurillas de bronce muy llamativas y vistosas. La que hay en la columna de la derecha es de hombre y la de la izquierda de mujer. Todo ello limpio y flamante, esperando a sus dueños, y colocado con esmerada simetría. Es por la tarde.

Salen por la puerta del foro JAIME y LEOPOLDO unos momentos después de haberse levantado el telón. Vienen jadeantes, y su hablar al principio es fatigoso y entrecortado. La razón es clara: el nidito está en piso quinto y no hay ascensor todavía.

Leopoldo. Chico... la casa... parece muy alegre... pero esto es vivir en las nubes...

Jaime. En el cielo... dirás...

Leopoldo. Llámale hache... Está más alto que mi estudio...

Jaime. Asómate... asómate a ese balcón... tú que eres artista... verás qué panorama.

Leopoldo. Asomándose al balcón. Hermoso, Jaimillo... Se ve todo Madrid... Ganas dan de echarse a volar.

Jaime. ¿No es verdad que vale la pena de vivir tan alto? Sobre que el casero ha prometido poner muy pronto el ascensor. Además, a Teresita no le gustan los bajos. Ni a mí tampoco... excepción hecha de los bajos de Teresita. Riéndose candorosamente. ¡Ji, ji, ji!...

Leopoldo. Estás empalagoso de felicidad.

Jaime. ¿Y crees tú que el caso es para menos? Figúrate que pasado mañana seré dueño y señor de este nido de amores... ¡Y qué palomita traigo a él! Como que ella será la dueña y la señora; yo su esclavo. Y a propósito; aguarda. Asomándose a la puerta del foro y llamando. ¡Ramona! ¿No ha venido nadie?... ¿Ni han traído nada de casa de la señorita?... Está muy bien. Volviendo al lado de Leopoldo. Te advierto que la criada es un ángel del Paraíso.

Leopoldo. Lo creo.

Jaime. Y la portera otro.

Leopoldo. También lo creo.

Jaime. ¿Pero qué te pasa, criatura? Hay que sacarte las palabras con sacacorchos... ¡Ah, caramba! que no tenemos sacacorchos. Escribiendo en un librito de apuntes que lleva en el bolsillo. «Comprar un sacacorchos.» ¿Qué haces que no te ríes, que no gozas conmigo, que no te entusiasmas con todo lo que ves? Y ten en cuenta que este gabinete es lo peorcito de la casa... Me gusta graduar los efectos... Ya verás el comedor: aquello es un sueño de verano... Ya verás la alcoba... ¡ay qué alcoba! Aquello es un amanecer de primavera... Leopoldo de mi vida, ¡cásate!

Leopoldo. Sí, sí...

Jaime. Cásate. Cásate y verás.

Leopoldo. ¿Tú qué sabes, si no te has casado todavía? Se sienta en una silla.

Jaime. Pero ¿hay más que mirar en torno nuestro

para convencerse de que es la gloria donde estamos?— Ne te apoyes mucho, que esas sillitas son de mírame y no me toques.

Leopoldo. Descuidando.

Jaime. ¿Quién no adivina aquí la mano primorosa de una mujer? ¡Bendita sea ella! Mira qué orden, qué simetría, qué buen gusto... Besaría de buena gana estos muebles y estas figuras, creyendo que la beso... Todo cuanto ella toca adquiere una gracia, una luz... ¡Cásate, Leopoldo!

Leopoldo. Levantándose y dejando la silla de cualquier manera. Chico, me estás poniendo más nervioso que entré.

Jaime. Colocando la silla con cuidado en el sitio en que estaba. Hombre, hombre... Pero ¿es que te pone nervioso mi felicidad?

Leopoldo. Sí. Me muero de envidia.

Jaime. Gana de envidiar es eso, Leopoldo.

Leopoldo. Cogiendo otra silla y sentándose. Gana de envidiar, sí, gana de envidiar...

Jaime. Con el alma en cada silla que coge Leopoldo, el cual, inquieto y desasosegado, maldito si se ocupa de los muebles. Pues ¿qué tengo yo que tú no tengas? Salud no te falta; dinero te sobra; tu posición es más brillante que la mía: yo soy un abogadete sin pleitos y tú eres un pintor de renombre; buena elección la has demostrado: tu novia es una Venus... con ropa... ¿Qué más quieres?

Leopoldo. Mi novia, mi novia... Se levanta y pasea.

Jaime. Poniendo bien y en su sitio la silla, como antes. Pero ¿no te puedes estar quieto?

Leopoldo. Sin oírlo. ¡La que fué mi novia! se monta en otra silla y apoya los brazos en el espaldar.

Jaime. (¡Adiós!) ¿Has reñido con ella?

Leopoldo. Sí.

Jaime. ¿Cuándo?

Leopoldo. Anoche.

Jaime. ¿Pues no la querías tanto?

Leopoldo. Ahí verás tú.

Jaime. Como no te expliques...

Leopoldo. ¡Estos celos ridículos que siento van a acabar conmigo! Levántase de nuevo y vuelve a pasearse en todas direcciones.

Jaime. Tornando a colocar la silla en su sitio y limpiándole cualquier palito con saliva. (Y conmigo.) ¿Pero a quién se le ocurre tener celos de una criatura como Marta? Eres un animal.

Leopoldo. Lo sabía. Y tú otro.

Jaime. Yo no lo sabía.

Leopoldo. Pues ya lo sabes. Cogiendo una figurilla y accionando descompuesto con ella en la mano. Jaimito no le quita ojo. ¡Eres un animal, desde el momento en que imaginas que dominar los celos está en la mano de los hombres!

Jaime. Pues mira que tú, que te has creído que mi casa es un bosque virgen...

Leopoldo. Jaime, compadéceme. ¿Comprendes ahora que te envidie? ¿Comprendes mi tormento? ¿Me dejas que me tire por el balcón?

Jaime. Quitándole la figura de la mano y poniéndola donde estaba, con cuidado y mimo. ¡De ninguna manera! Eres loco de atar.

Leopoldo. ¡Soy muy desgraciado! ¡muy desgraciado! Desplómase en el sofá del foro.

Jaime. Como si se le hubieran sentado encima a él. ¡Atiza! Hombre, que el sofá es muy poquita cosa...

Leopoldo. Golpeando un brazo del propio sofá. ¡Tengo una rabia contra mí mismo! ¡un deseo de violencia!...

Jaime. ¿Te es igual darme a mí en un hombro?

Leopoldo. ¡De mejor gana que lo digo haría pedazos todo esto!

Jaime. Aterrado. Mira, vámonos a dar por ahí una vueltecita. La tarde está hermosa...

Leopoldo. No, no; vueltas, no, que me la puedo encontrar a ella.

Jaime. Como te la encuentras es si sigues aquí.

Leopoldo. ¿Qué dices?

Jaime. Va a venir luego con su tío.

Leopoldo. ¡Imbécil!

Jaime. ¿Quién?

Leopoldo. Su tío.

Jaime. ¡Ah!

Leopoldo. Jaime, quiero tanto a esa mujer, que estoy resuelto a no hacer las paces con ella.

Jaime. ¡Qué determinación más lógica!

Leopoldo. Sé que nunca será dichosa a mi lado, y como lo sé, me alejo del suyo. Ya ves si le tengo cariño.

Jaime. Lástima me estás dando.

Leopoldo. Sublevándose. ¡Pues yo no quiero que nadie me tenga lástima!

Jaime. Vaya, no sé cómo acertar.

Leopoldo. Echándole mano a otra silla y dando un golpe con ella en el suelo antes de sentarse. ¡Anoche estuve a verla por última vez! ¡No vuelvo; no vuelvo a su casa!

Jaime. ¡Donde no vuelves es a la mía!

Leopoldo. ¡Me iré de Madrid! ¿A cuántos estamos?

Jaime. A quince.

Leopoldo. ¿A quince?

Jaime. Hombre, por cierto que no tenemos almanaque. Saca el libro de apuntes y escribe. «Un almanaque con un cromó bonito.» Sintiendo que alguien llega y asomándose a la puerta del foro. ¿Quién es?

Leopoldo. Levantándose de un salto. ¿Será Marta?

Jaime. No, hombre, no: es mi padre. Pone bien la silla que deja Leopoldo.

Llega DON PABLO también por la puerta del foro, sin poder articular palabra a causa de las escaleras. Trae en la mano una caja esmeradamente envuelta en un papel.

Jaime. Hola, papaíto. ¿Qué es eso, vienes muy cansado?

Don Pablo contesta con un gesto.

Leopoldo. Muchos escalones, ¿no es verdad?

Don Pablo. Muchos años... y muchos escalones...

Las dos cosas... Habla con pronunciación andaluza.

Jaime. Siéntate. ¿Qué traes ahí?

Don Pablo. Un regalito.

Jaime. ¿De quién? ¿de quién?

Don Pablo. No lo conozco... Toma la tarjeta... Poco después que saliste tú lo llevaron a casa.

Jaime. Leyendo. «Ernesto M. de la Pompa y L. Perafán de Rivera y Gómez. Abogado. Redactor de *El Haba*. Tesorero de la Sociedad *La Higiene Pública y Doméstica*. Corresponsal de la revista *Le chien et le chat* de París.» Pues no sé quién es.

Leopoldo. ¡Sí, hombre! ¡*Tagarnina!* ¿No te acuerdas de *Tagarnina?*

Jaime. ¡Acabáramos!

Don Pablo. Si hubiera puesto en la tarjeta «alias *Tagarnina*» lo hubiéramos conocido todos.

Jaime. ¡Pobrecillo! ¿Para qué se habrá molestado?

Don Pablo. Desliando la caja. A ver, a ver lo que te envía.

Jaime. Tiemblo antes de verlo: me da el corazón que son cuchillos.

Leopoldo. Sí; cubiertos parecen.

Jaime. Catorce cajas de cuchillos tenemos ya.

Don Pablo. La abre. Y una, quince.

Jaime. ¿No lo decía yo?

Leopoldo. Pues mira, son bonitos.

Don Pablo. Sí que lo son; ¡pero ni que fueran estas criaturas a la guerra!

Jaime. ¡Buena se va a poner Teresita! Ella que lo toma a mal agüero... Fijándose en las dos columnas del fondo. ¡Caramba! ¿otra vez?

Don Pablo. ¿Qué pasa?

Jaime. ¡Que han vuelto a cambiarme esas dos figuras! ¿Quién se meterá en lo que no le importa? Variando-

las de columna. ¡Si ya he dicho que la del hombre la quiero a la izquierda y la de la mujer a la derecha! ¡Es mucho cuento! Alejándose para verlas. ¡Dónde va a parar!...

Don Pablo. Ahí me parece que está tu novia, Jaime.

Jaime. Yéndose por la puerta del foro. ¿Sí? ¡Teresita! ¡Teresita!

Leopoldo. Alarmado. ¿Vendrá con ella Marta?

Don Pablo. No; viene con su madre, y con Candidita López y su hermano. Los he saludado en la calle.

DOÑA JOSEFA, TERESITA, CANDIDITA y ROQUITO salen por la puerta del foro con Jaime, agitadísimos los cuatro, de las escaleras.

Doña Josefa. ¡Ay... Dios mío... qué escaleras estas del día!...

Roquito. Son crueles... crueles...

Candidita. ¡Ay!...

Teresita. ¡Ay!... ya llegamos... gracias a Dios...

Jaime. ¿Vienes tú fatigadita, alma?

Leopoldo. saludando. Señoras... Roquito... ¿Cómo vamos, doña Josefa?

Doña Josefa. Déjeme usted que pueda respirar... y entonces le contestaré...

Leopoldo. Como que se han venido estos pollos a un campanario.

Don Pablo. En mi tierra a esta altura no viven más que las cigüeñas y los fotógrafos.

Teresita. Cuando nos pongan el ascensor... hablaremos.

Don Pablo. Sí, porque lo que es ahora no hay quien pueda hablar.

Candidita. ¡Y qué preciosísimo tienen el cuarto!...

Roquito. Fijándose en el gabinete. Este gabinete es una monada.

Candidita. ¿Y la alcoba? ¿Dónde está la alcoba?

Teresita. Ahora iremos. Verás qué linda. Hemos elegido todos los papeles y todos pálidos. Esto, verde

pálido; la sala, fresa pálido; la alcoba, rosa pálido, y el comedor, almíbar pálido...

Jaime. Para demostrar que donde está mi Teresita todo resulta pálido... ¡Ji, ji, ji!

Teresita. Jaimito, Jaimito; que no te dé la vena cómica. Reparando en la caja de los cuchillos, y bajo a Jaime, con quien habla un momento mientras los demás hacen corro aparte, excepción hecha de Roquito, que se ocupa en curiosear los regalos. ¿Qué caja es ésta, tú?

Jaime. Un regalo de un compañero.

Teresita. Abriéndola. ¿Más cuchillos?

Jaime. Ya ves...

Teresita. ¡Y el termómetro sin venir, con la falta que hace!... Y los cuchillos son de mal agujero, Jaimito...

Jaime. Contra nuestra felicidad no hay agujeros, pichona.

Roquito. Mirando sucesivamente dos o tres objetos. (Quince pesetas. Veinticinco pesetas: ni un céntimo más. Treinta pesetas, si no han regateado...)

Teresita. Oye, dale las gracias a Roquito.

Jaime. Es verdad. Roquito, ahora que me acuerdo: un millón de gracias por su delicadísimo presente.

Teresita. Es una preeiosidad; ya se lo dije anoche.

Roquito. No vale nada. Por Dios, una docena de cuchillos... Hemos procurado mandarles a ustedes una cosa útil, y en que no piensa nadie.

Jaime. ¡Ah, nadie, nadie!

Teresita. ¡En los cuchillos no piensa nadie! A Jaime. (Se han creído que vamos a degollar a la vecindad.)

Los dos vuelven la cara aguantando la risa.

Candida. Bajo a su hermano. Roquito, mira allí el perro que le regaló mamá a doña Adela.

Roquito. Justamente: el que le regaló a papá don Torcuato. ¡Lo que corre ese animalito!

Teresita. Con que ¿vamos a ver la casa, ya que nos hemos sosegado un poco?

Roquito. Sí, sí, vamos a ver el nido de estos pichones.

Candidita. ¿Dónde está la alcoba?

Doña Josefa. Andar, andar los pollos; yo aquí me quedo descansando.

Don Pablo. Y yo lo mismo. Curiosear ustedes.

Jaime. Ven tú también, Leopoldo.

Leopoldo. Con mucho gusto, chico.

Jaime. En mi despacho verás tus marinas.

Teresita. Les enseñaremos primero esta parte de aquí, ¿verdad, Jaime?

Jaime. Sí, sí, como tú quieras, alma.

Roquito. Ea, pues vamos allá.

Leopoldo. Vamos.

Teresita. Vamos.

Roquito. (Tienen regalos hasta de diez pesetas: no hemos quedado mal ni mucho menos.)

Éntranse todos por la puerta del foro, hacia la derecha del actor, a excepción de doña Josefa y don Pablo, que se quedan cambiando impresiones.

Don Pablo. Los muchachos están como locos.

Doña Josefa. Y hay motivo: se quieren...

Don Pablo. ¡Quién se casara ahora, doña Josefa!

Doña Josefa. ¡Qué cosas tiene usted, don Pablo!

Don Pablo. Pues si supiera usted las que tenía...

Doña Josefa. Sí que ha debido usted de ser un *pirandón* bueno.

Don Pablo. Regular; pero hace tanto tiempo de eso que me cuesta trabajo acordarme.

Doña Josefa. Pues a mí ciertas cosas no se me olvidan.

Don Pablo. Ciertas cosas, ¿eh? Esas no se me olvidan a mí tampoco. He querido decirle a usted lo viejo que soy.

Doña Josefa. No, que yo soy de ayer por la mañana.

Don Pablo. Polleando estamos los dos.

Se ríen. Pausa.

Doña Josefa. Suelta un suspiro lleno de recuerdos. ¡Ay!...

Don Pablo. *Quedándose en silencio un grande rato pasó una larga historia por su frente.*

¿No es verdad?

Doña Josefa. Por el día de mi boda me andaba yo ahora.

Don Pablo. ¿Por el día?

Doña Josefa. Por el día; no sea usted malicioso. Aquellos eran otros tiempos.

Don Pablo. ¡Otros tiempos! Usted sí que era otra; y yo también. En este mundo, consuegra mía, no hay más que un puñado de ilusiones: el tiempo las reparte; pero como las tiene contadas, para dárselas a esos pollos que están viendo el piso nos las tiene que ir quitando a nosotros.

Doña Josefa. Está usted hecho un filósofo de a perra chica.

Don Pablo. Y usted una guasona muy grande. Yo no soy como todos los viejos que ven el tiempo presente peor que el pasado.

Doña Josefa. Yo sí. Para mí el presente deja mucho que desear.

Don Pablo. Y ¿usted no?

Doña Josefa. ¡Don Pablo!

Don Pablo. ¡Pues péguela usted con su persona, que ya no es la misma! Cuando se mira usted al espejo, ¿qué dice usted: «¡Vaya unos espejitos que hay ahora!» o «¡vaya una carita que se me va poniendo!»?

Doña Josefa. ¡Qué poco galante es usted, don Pablo!

Don Pablo. Señora, es que no puedo sufrir a las viejas con pretensiones.

Doña Josefa. Ni yo a los carcamales que están chucheando y ya no saben lo que dicen.

Don Pablo. Riéndose. ¿Se ha picado usted conmigo, consuegra del alma?

Doña Josefa. Sí, me he picado, consuegro de mis culpas; pero me pasa pronto.

Se ríen los dos. Pausa.

Don Pablo. Suelta un suspiro análogo al de doña Josefa. ¡Ay!...

Doña Josefa. ¿Qué es eso? ¿También estaba usted en el día de su boda?

Don Pablo. No, señora: en el día siguiente.

Doña Josefa. Es igual.

Don Pablo. ¡Ca! es mejor.

Doña Josefa. ¡Qué bonita era su mujer de usted!...

Don Pablo. Bonita como un sueño... ¿Usted la trató?

Doña Josefa. ¿Ya no se acuerda usted? Cuando digo que ha perdido usted los memoriales... ¡Tan blanca, tan rubia, con aquellos ojos verdes tan oscuros y aquellas pestañas tan espesas!... Daba gloria mirarla.

Don Pablo. ¡Pobrecita Aurora!

Doña Josefa. Era la envidia de todas las de su tiempo.

Don Pablo. Y yo la de todos. Cuando la cogía del brazo y echaba a andar con ella por las calles de Cádiz, ¡ni por San Pedro me cambiaba! suspirando. ¡Ay! ¡Cómo ha de ser!... ¡Si viera usted qué latigazo me dió el corazón el otro día, que, leyendo yo la Historia de España, me encontré entre las hojas una violeta que ella me mandó en una carta!...

Doña Josefa. De esos latigazos tenemos llena la vida los viejos. Como que nos hacen jóvenes en un instante: por eso la impresión es tan honda... Media vida que se borra de un golpe... cuando menos se piensa en ello.

Don Pablo. Y todo... porque se ve una violeta...

Doña Josefa. Que además está seca: como una...

Don Pablo. Como *dos*, ¿le da a usted lo mismo?

Doña Josefa. ¿No ha advertido usted que todas las tardes tenemos una escenita de recuerdos?

Don Pablo. Señora, es que el sitio y las circunstancias lo dan de sí. En este nido, que vemos formarse, hay un manojo de violetas de esas que decíamos. Ya pasarán a la historia, ya...

Doña Josefa. ¿A la Historia de España?

Don Pablo. A la historia universal, señora.

Doña Josefa. Lo malo para mí es que ésta es la última hija que yo caso.

Don Pablo. Y yo el último hijo.

Doña Josefa. ¡Ojalá sean tan felices como fuimos nosotros!

Don Pablo. En tono chancero. Mire usted; con franqueza: si hay dimes y diretes será por causa de su niña de usted, que tiene los nervios de punta.

Doña Josefa. ¿Quiere usted callar, avechucho? ¡Si no la hay más buena! Que la trate su hijo de usted como ella se merece; que lo dudo, porque será tan *pirandón* como el padre.

Don Pablo. Pero, señora, ¿cuándo ha soñado usted un yerno como mi hijo?

Doña Josefa. ¿Y usted una nuera como mi hija?

Don Pablo. ¿Y la niña un suegro como éste?

Doña Josefa. ¿Y el niño una suegra como yo?

Don Pablo. ¡Quítese usted de ahí, vieja chocha!

Doña Josefa. ¡Vaya usted mucho con Dios, ave fría!

Don Pablo. ¡Envidiosa!

Doña Josefa. ¡Espantajo!

Sueltan la carcajada los dos. Llegan por la puerta del foro con algazara y risa los que se fueron antes.

Don Pablo. Aquí están ellos.

Jaime. Encaminándose hacia la izquierda. Vengan ustedes por aquí, que aún queda lo mejor.

Roquito. Ah, pues lo que hemos visto es precioso.

Doña Josefa. ¿Les ha gustado?

Candidita. Todo es de muy buen gusto; todo se ríe.

Leopoldo. El despacho de éste es muy coquetón.

Teresita. Muy alegre, ¿verdad?

Roquito. Muy alegre es toda la casa.

Candidita. ¿Y la alcoba? ¿Dónde está la alcoba?

Don Pablo. (¡Pero esta niña es un rompecabezas!...
«¿Dónde está la alcoba?» «¿Dónde está la alcoba?»)

Doña Josefa. Vamos allá. Iré yo con ustedes. Venga usted también, don Pablo.

Don Pablo. Vamos, vamos todos. Van entrando por la puerta de la izquierda. Pasen ustedes. Leopoldo, pase usted.

Roquito. (La alfombra del despacho es del Hotel de Ventas.)

Teresita. Deteniendo a Jaime. (Jaimín, aquí te espero. ¡Qué fastidio!)

Jaime. (Salgo en seguida, gloria mía.)

Vase con los demás, dejando a Teresita sola.

Teresita. ¡Que la casa es alegre!... ¡La alegría que tiene es la que nos rebosa a nosotros! ¡Ay, qué felicidad!... Hoy hasta me ha parecido guapo el portero, que dicen que es el más feo de toda la calle... ¡Tengo unas ganas de que llegue el día... de que nos encontremos solitos y tranquilos los dos, sin tanta gente entrometida y fastidiosa!... ¡Ay, qué felicidad!

Aparece JAIME por la puerta del foro. Viene de la izquierda.

Jaime. He hecho la procesión del niño perdido.

Teresita. Me alegro.

Jaime. ¿Te alegras? La mira embobado maliciosamente.

Teresita. Atajando cualquier atrevimiento justificadísimo de su futuro. Jaimito: formalidad... y formalidad. Que no pase lo de ayer por la tarde.

Jaime. Tontina, si nos vamos a casar pasado mañana...

Teresita. Pues un poquito de paciencia, que todo llegará.

Jaime. ¿No me permites que te dé un bocadito en lo que cuelga de la oreja?

Teresita. Ni en lo que cuelga, ni en lo que no cuelga.

Jaime. Pues bésame tú a mí el dedito malo... Mostrando el meñique de la mano izquierda, que lleva metido en un dedil negro. Anda, chachita, que ya sabes que me lo cogí con el martillo grande al clavar a la cabecera de *nuestra* cama la pila del agua bendita.

Teresita. ¡Pobrecito mío! A ver cómo lo tienes.

Jaime. Quitándose el dedil. Míralo. Con un besito de tus labios se curará del todo.

Teresita. Que no quede por mí; no quiero que digas que soy mala. Le besa con rubor el dedo a Jaime.

Jaime. ¡Ay! Me ha llegado el escalofrío hasta las correillas de las botas... Volviendo a ponerse el dedil. ¡Ajajá! Para que se quede el besito dentro.

Teresita. ¡Qué malo eres!

Jaime. Y tú ¡qué buena!

Teresita. Y la gente qué desconsiderada. Mira cómo nos han dejado esto.

Jaime. Vamos a arreglarlo, vidita.

Los muebles todos están como estaban; pero ellos los repasan y tocan, ilusionados con la idea de que alteran en algo y perfeccionan su colocación.

Teresita. Cuanto más miro esta sillería más me encanta.

Jaime. Igual me pasa a mí contigo.

Teresita. Jaimito, que me has llamado sillería.

Jaime. ¿Te he ofendido, gloria?

Teresita. No me ha hecho gracia, no.

Jaime. ¿Me perdonas, cielín?

Teresita. Ahogando sus dudas en una mirada de ternura y optando al cabo por el perdón misericordioso. Bueno.

Jaime. Pues bésame el dedito otra vez.

Teresita. Mira, basta ya de dedito. Vamos a ser for-

males, que tenemos que hablar de muchas cosas. Siéntate.

Jaime. Muy juntitos los dos.

Se sientan.

Teresita. Ante todo tengo que reñirte.

Jaime. No me lo digas.

Teresita. En la carta de las doce de esta mañana no iban los cuatro pliegos cruzados.

Jaime. Es que llegó un amigo...

Teresita. No hay amigos. Que no vuelva a pasar.

Jaime. Para pasar tiene que ser mañana, porque ya pasado... creo que no nos entenderemos por escrito... ¡Ji, ji, ji!...

Teresita. Riéndose también. ¡Jaimín... pero qué malos eres!

Jaime. ¡Fea!

Teresita. ¡Guapo! Oye una cosa.

Jaime. Con el alma en los ojos. ¿Qué, rica?

Teresita. Abrochador para las botas no tenemos.

Jaime. Apuntación al canto. Escribe en su librito. «El abrochador más bonito que haya.»

Teresita. No guardes el librito, que aún faltan otras cosas.

Jaime. Dime. Yo he apuntado un almanaque, un sacacorchos, papel de Armenia, lacre y un cajoncito para *Otelo*.

Teresita. ¡Mira que van saliendo menudencias, Jaimín!...

Jaime. ¡Las plumitas que tiene un nido!

Teresita. Apunta.

Jaime. ¡Fuego! ¡Ji, ji, ji!

Teresita. Un palillero que sea un tomate de porcelana.

Jaime. Escribiendo. «Un palillero que sea un tomate.»

Teresita. Un infiernillo.

Jaime. Pero, nena, ¿vamos a meter en nuestra casa un infiernillo? ¡Ji, ji, ji!

Teresita. Ya te he dicho que dejes los chistes.

Jaime. ¿Se te ocurre algo más, princesa?

Teresita. Otra cosa hay, pero no me acuerdo. Lo pensé esta mañana. Y era para la cocina.

Jaime. ¿Para la cocina? Espérate.

Los dos la emprenden con el labio de abajo, haciendo memoria.

Pausa.

Teresita. Estoy segura de que empieza con e.

Jaime. ¿Con e? Estantería... encajes... espuelas... ¡estropajos!

Teresita. Como reconviniéndole. Jaimito...

Jaime. Algo asustado. ¿Qué?

Teresita. Jaimitooooo...

Jaime. ¿Quéeeee?

Teresita. Que estropajo es con hache.

Jaime. Ay, tienes razón, hija mía... Perdona... (¿Para qué le voy a quitar esa ilusioncilla?)

Teresita. En fin, ya saldrá lo que sea.

Jaime. Dices bien; ya saldrá. Guárdase el librito. Hablamos ahora de nuestra dicha.

Teresita. Nuestra dicha sí que empieza con todas las letras. Lo tengo estudiado. Mira, Jaimito, mira: por orden alfabético: A, amor... b, belleza... c, corazón... d, dulzura... e, ¡especiero!...

Jaime. ¿Cómo especiero?

Teresita. Especiero es lo que falta en la cocina. Ahí lo tienes ya.

Jaime. Escribiendo en el libro. «Especiero.» Sigue tu abecedario de dicha.

Teresita. Íbamos en la e, ¿no es verdad? Pues oye: e, encantos.

Jaime. F.

Teresita. Felicidad.

Jaime. G.

Teresita. Goces.

Jaime. H.

Teresita. Ósculos.

Jaime. (¡Bueno!) I...

Teresita. Idolatría.

Jaime. J.

Teresita. ¡Jaime!

Jaime. ¡Bendita seas! K.

Teresita. Cariño.

Jaime. (¡Alza!) L.

Teresita. Lozanía.

Jaime. Ll.

Teresita. Yugo.

Jaime. (¡Jesús!) M.

Teresita. Miel.

Jaime. N.

Teresita. No te olvido.

Jaime. Ñ.

Teresita. Niñito...

Jaime. ¡Ay, qué gracia! O.

Teresita. Hogar.

Jaime. (¡Sopla!) P.

Teresita. Pellizquitos...

Jaime. ¡Ji, ji, ji! Q.

Teresita. Querer.

Jaime. R.

Teresita. Recuerdos.

Jaime. S.

Teresita. Salud.

Jaime. T.

Teresita. ¡Teresita!

Jaime. ¿A que no salgo de la T? U.

Teresita. Unión eterna.

Jaime. V.

Teresita. Bondad.

Jaime. (¡Vaya por Dios!) Y.

Teresita. Yo y tú: x, equidad, y z, cielo.

Jaime. ¡Cielos! ¡En el cielo estamos los dos!

Teresita. Verdad que sí.

Jaime. ¿Me quieres, chacha?

Teresita. Más que tú a mí, feote.

Jaime. Igual, igual... ¿No me anticipas nada, corazón?

Teresita. Jaimito, Jaimito...

Jaime. Un besito siquiera... Besándole repetidas veces una mano, que ella le abandona. ¿Otro?

Teresita. Como ya es tuya no puedo negártelos...

Llega REQUEJO por la puerta del foro, lo mismo que un perro cansado. Se sienta en la silla más inmediata a la puerta, observando a los novios, y no puede echar la palabra del cuerpo en dos minutos. Viene fumando un puro de a diez céntimos que ni a tiros arde.

Jaime. ¿Otro?... ¿Otro más?... ¿Otro?... ¿Otro?...

Requejo. ¡Duro! ¡duro!

Jaime y Teresita se levantan sorprendidos y avergonzados.

Teresita. ¡Requejo!

Jaime. ¡Pero, hombre!...

Teresita. A Jaime, (¿Ves?)

Jaime. ¿Desde cuándo está usted ahí?

Requejo. Desde los de la mano; no he visto más.

Teresita. Incomodada. ¡Es que no ha habido más tampoco!

Requejo. Bueno, bueno, mujer...

Teresita. ¡Pues bueno, bueno!

Requejo. A pesar de que no me habéis invitado, vengo a ver vuestra casa. Os quiero mucho más que vosotros a mí. ¿Cómo está tu madre, Teresita?

Teresita. Bien. Allá dentro.

Requejo. ¿Y tu padre, Jaime?

Jaime. Bien. Allá dentro.

Teresita. Vaya usted si quiere...

Requejo. Ahora, ahora. A vosotros no os pregunto cómo estáis, ¡porque me lo figuro!...

Jaime. ¡Dice que se lo figural! ¡Ji, ji, ji!

Teresita. A Jaime, bajo. (¡No, pues a mí no me hace gracia!

Jaime. Consternado. ¿No?

Teresita. No.)

Requejo. ¡Bien podéis aprovecharos de estos momentos precursores del gran desatino!...

Teresita. ¡Requejo!

Requejo. Sí, hija, sí. Son los únicos felices de veras... Luego no viene más que prosa y más prosa. ¡Si vierais el cuadrito que he dejado en mi casa yo!

Teresita. Yo me lo imagino sin verlo.

Jaime. ¡Y yo también!

Requejo. A Jaime. Asoma por allí las narices y no te casas.

Teresita. ¡Pues no las asoma!

Requejo. Oye: verás qué paraíso terrenal.

Teresita. Si no tenemos interés ninguno...

Requejo. Mi señora roncando a pierna suelta.

Teresita. ¡Dale!

Requejo. Roncando a pierna suelta, ya digo.

Jaime. ¡Nos lo encaja quieras que no!

Lo escuchan ambos llenos de impaciencia y contrariedad.

Requejo. Se levanta a las dos de la tarde: ¡es una mujer de su casa! No hay más que ver cómo llevo yo los botones: parecen alamares... Mi hijo el mayor enamorado a la cocinera: ¡me ha salido un caballero el mocito! Hasta cucharas ha *pignorado* ya. Adelante. Mis cuñadas hablando con los novios: hablando y... hablando, bueno; mi cuñado borracho, empeñado en enseñarle a la doncella los *tientos* de moda: no tiene otra cosa que hacer el ángel de Dios; mis chicos pequeños jugando a la pelota y al toro: en la sala: está indicadísimo; las amas de cría insultándose, una en catalán y otra en vascuence: muy agradable; los niños de pecho dando berridos encima del aparador, y mi suegra loca, en cu-

clillas en un rincón, cantando aquello de: «Si las mujeres mandasen...» ¡Y yo encantado! Soy feliz.

Teresita. (¡Jaimito, llévate a este animal, que me da el ataque!

Jaime. No te apures, pichona.) Bueno, Requejo, olvide usted sus contrariedades y venga a ver nuestro nidito.

Requejo. ¡Vuestro nidito!... Así llamaba yo a mi casa...

Teresita. ¡Hombre! ¿se quiere usted callar?

Requejo. Ésta se enfada, tú.

Jaime. Y hace bien: viene usted a aguarnos la fiesta.

Requejo. ¿Yo? ¿Aguar yo? ¿Para qué, muchacho? ¡Si la fiesta trae consigo la mar de agua!

Teresita. ¡Requejo, que me da el ataque!

Requejo. ¡Bah! Tu mujer me recuerda mucho a la mía.

Teresita. ¡Oiga usted!

Jaime. Todo, menos comparaciones.

Requejo. Pues era así: tan delgadita, tan esbeltita, tan finita... tan mona...

Teresita. Muy quemada. Gracias.

Requejo. Pero luego empezó a engordar... y ahora está que parece un grupo de la familia. A ésta le va a pasar lo mismo.

Teresita. ¡Requejo, por amor de Dios, que estoy muy nerviosa!

Jaime. Ande usted, ande usted allá dentro.

Requejo. Déjame que encienda este puro, que me ha salido peor que el matrimonio. Tratando de encenderlo mientras habla, apaga dos o tres cerillas, que tira al suelo, y que Jaime, contrariadísimo, coge y echa por el balcón una a una.

Teresita. Más valía que fumara usted menos o que fuera más limpio.

Requejo. ¿La has tomado conmigo, nena?

Teresita. ¡Uf! ¡qué peste a chicote!

Jaime. (Tío sucio...)

Requejo. Hablándole al cigarro. ¡Ni que estuvieras asegurado de incendios, compadre!

Teresita. (¡Marrano!...) Me parece que ése no prende...

Requejo. Chupando. Sí que hace falta Dios... y ayuda. Jaimito, por extraña asociación de ideas, fija la mirada en el espacio al oír la frase de Requejo, saca su librito y escribe algo de que no le da cuenta a nadie. Vaya, ya prendió.

Teresita. Que sea enhorabuena.

Jaime. Ea, pues ande usted. Pase delante.

Requejo. ¿Por aquí?

Jaime. Por ahí.

Requejo. Deteniéndose un punto. Oye, se me ha ocurrido un chiste verde.

Jaime. Empujándole. ¡Pues no lo diga usted! Entra Requejo por la puerta de la izquierda, y Jaime lo sigue escribiendo mientras en su librito. «Escupideras, ceniceros y otras porquerías.»

Teresita. Paseándose sofocadísima. ¡Ay, qué hombre! ¡qué hombre! ¡Me he visto encima el ataque de nervios! ¡Pero qué confianzas se toma!... ¡pero cómo abusa!... ¡Grosero!... ¡gorrón!... ¡sinvergüenza!... ¡vago!... ¡mal esposo!... ¡mal padre!... ¡animal!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡Y que no hay manera de espantarlo!... ¡Ay!... Reparando en las dos figuras del foro y cambiándolas de columna hecha una pólvora. ¿Qué veo? ¿Otra vez? ¿Otra vez? ¿Cómo voy a decir que quiero aquí ésta y aquí ésta?... ¡Jesús!...

Viene MARTA muy agitada por la puerta del foro.

Marta ¡Teresita!

Teresita. Hola, Marta. Bienvenida seas.

Se besan.

Marta. Llega una aquí rendida...

Teresita. Son muchos escalones. Siéntate. ¿Y tu tío?

Marta. Ahí detrás viene... El pobrecillo medio ahogado... Tengo que hablarte.

Teresita. ¿A solas?

Marta. Sí. Despacharemos a mi tío.

En este momento aparece don Abel por la puerta del foro. En efecto, parece que viene en las últimas. No puede hablar, ni lo dejan, y a cada frase de Teresita sólo responde tomando aire, sin articular una palabra.

Teresita. Hola, don Abel. ¿Cómo vamos?... ¿Tan bueno, no es verdad?... Don Pablo quiere hablarle... Vaya usted por ahí... Al final de ese pasillo... Vaya usted, vaya usted... Quieras que no, lo mete por la puerta de la izquierda. Aquí nos quedamos nosotras.

Marta. Para pocas visitas a tu casa está mi pobre tío.

Teresita. Muy delicado lo encuentro, sí.

Marta. Su salud me preocupa mucho. Como no tengo padres, ni más pariente cercano que él...

Teresita. Más *cercano* es Leopoldo, que está allá dentro...

Marta. ¿Leopoldo? ¿Está ahí?

Teresita. Ahí está: ¿qué te pasa?

Marta. Que me voy ahora mismo.

Teresita. ¡Mujer!

Marta. Llama a mi tío.

Teresita. ¿Quieres no ser loca?

Marta. Después de todo, tienes razón: debo acostumbrarme a verlo como si viera a un desconocido.

Teresita. ¿Esas tenemos? ¿Otra riña?

Marta. La última.

Teresita. Cualquiera os cree. Pasará, como las anteriores. ¿Qué tormenta no pasa?

Marta. Ésta: ya lo verás.

Teresita. Vamos, siéntate, simple. Se sientan ambas. No entiendo este constante pelear de los novios. Yo, como con Jaimito no he tenido nunca ni un sí ni un no...

Marta. Es que Jaimito es un infeliz.

Teresita. ¡Oye!

Marta. Mujer, entiende lo que quiero decirte: que es muy bueno.

Teresita. ¿Tan malo es Leopoldo?

Marta. Al contrario; por muy bueno lo tengo también. Pero los celos lo trastornan, y me hace sufrir. Contra su voluntad, pero me hace sufrir.

Teresita. ¡Celos de ti!... ¿Habrá majadero? ¡Qué brutos son los hombres, Marta!

Marta. ¡Por lo menos, qué ciegos!

Teresita. Mi Jaimito, en buena hora lo diga, no ha dudado de mí nunca, nunca, nunca, nunca, nunca, nunca. Bien es verdad que yo lo he querido como una tonta siempre, siempre, siempre, siempre, siempre, siempre.

Marta. ¿Y yo a Leopoldo, no?

Teresita. Pero dime: ¿ha sido tan grave el disgusto?...

Marta. Muy grave.

Teresita. ¿No hay arreglo posible?

Marta. Ni lo hay ni lo quiero. Los celos podrán halagar mientras no ofendan. Los de Leopoldo han llegado a ofenderme. Si nos casáramos, viviríamos en tragedia o en sainete constante. Prefiero vivir sola, con mi tío, sacrificando mi cariño, en comedia casera.

Teresita. Vaya, no te apures, tontilla. Yo me encargo de arreglar eso.

Marta. No; te suplico que no. Estoy resuelta.

Sale RAMONA por la puerta del foro, con una tarjeta y una caja de sombrilla envuelta en un papel.

Ramona. Señorita.

Teresita. ¿Qué hay?

Ramona. De su casa de usted acaban de traer este regalo.

Teresita. A ver, a ver... Cogiendo la tarjeta y leyéndola. «P. Gil. Paz, 2.» ¿Quién es éste?

Marta. Mujer, don Policarpo.

Teresita. ¡Es verdad! ¿Quién lo conoce por esta tarjeta, que es un tiro? ¡Pobre don Policarpo!... ¿Vienes allá dentro?

Marta. No; estando ése...

Teresita. Pues aguarda un instante: voy a ver con Jaimito lo que nos manda este buen señor, y vuelvo en seguida.

Marta. Por mí no corras.

Teresita. Yéndose por la puerta de la izquierda. Pues aquí, una de dos: o viene una sembrilla, o viene un sable. ¡Cuchillos, de ninguna manera!

Marta. ¿Estás contenta con la señorita, Ramona?

Ramona. Lo que hace falta es que la señorita lo esté conmigo. Y debe de estarlo, cuando me consiente que tenga novio.

Marta. Hola, ¿tienes novio?

Ramona. Sí, señorita; me ha salido un cochero de punto. En la calle de Carretas tiene la parada. Si algún día se le ofrece a usted, con mandar un recado acá, yo misma le aviso.

Marta. Gracias, mujer. ¿Y qué, se quieren ustedes mucho?

Ramona. Un delirio. Con decirle a usted que hasta el caballo me conoce...

Marta. Riéndose. ¿Y eso, qué?...

Ramona. De tanto como nos vemos en la parada. Mirando hacia la puerta de la izquierda. Vaya, señorita, no quiero estorbar.

Marta. A mí no me estorbas; me distraes.

Ramona. No le faltará a usted distracción.

Marta. ¿Por qué dices eso?

Ramona. Usted lo verá. Vase por la puerta del foro.

Marta. ¡Qué simpleza!

Sale LEOPOLDO por la puerta de la izquierda. Al encontrarse frente a Marta quédase confuso. Marta al verlo vuelve la cara con violencia.

Marta. (¡Bah! Cosas de Teresita...)

Leopoldo. Marta.

Marta. Qué.

Leopoldo. Buenas tardes.

Marta. Buenas tardes.

Leopoldo. (¿Para qué habré salido yo? ¡Es que soy francamente idiota!) Pausa breve. **Marta.**

Marta. Leopoldo.

Leopoldo. ¿Vamos a perdonarnos?

Marta. Y a mí ¿qué tienes tú que perdonarme?

Leopoldo. Nada; ya lo sé. Tú a mí, sí.

Marta. Pues no te lo perdono, porque sería volver a empezar.

Leopoldo. ¿Lo has meditado bien?

Marta. Bien meditado lo tengo.

Leopoldo. Es decir que piensas olvidarme.

Marta. Haré cuanto pueda.

Leopoldo. No ha de costarte gran trabajo. Si me estás dando la razón; si es que no me has querido nunca...

Marta. Nunca, es verdad: anoche te supliqué y te lloré, como otras muchas veces, por gusto, por hacer un papel interesante. Sin duda así lo comprendiste tú y no me hiciste caso. Está bien. No pienso volver a repetirlo.

Leopoldo. Me saca de quicio tu frialdad.

Marta. Y a mí tus arrebatos.

Leopoldo. Mis arrebatos tienen un fundamento.

Marta. Y mi frialdad ninguno: te estás cargando de razón. No tienes más que irte... y dejarme.

Leopoldo. Pues te dejo... y me voy. ¡Parece mentira que yo no haya querido a ninguna mujer como a ti!

Marta. En efecto, parece mentira.

Leopoldo. ¿Qué quieres decirme?

Marta. Lo que he dicho: que parece mentira.

Leopoldo. ¡Me molesta el discreteo, ya lo sabes!

Marta. Y a mí también.

Leopoldo. Pues que quede aquí.

Marta. Pues que quede.

Leopoldo. Esto se acabó.

Marta. Se acabó; en eso estamos.

Leopoldo. (¡Me pegaría de bofetadas!)

Vuelven por la puerta de la izquierda TERESITA, DOÑA JOSEFA, CANDIDITA, ROQUITO, JAIME, DON PABLO, REQUEJO y DON ABEL, en animado charloteo de despedida. Leopoldo se va a un extremo del gabinete, y allí se muerde un puño ensimismado.

Candidita. ¡Es una preciosidad!

Roquito. ¡Es un encanto!

Jaime. ¿Cómo está usted, Martita?

Marta. Buenas tardes a todos.

Roquito. Hola, Martita. (¡Cómo *estira* esta muchacha los vestidos!)

Candidita. ¿Tú has visto la casa, Martita? ¡Ay, qué paraíso de alcoba!

Requejo. ¡Ya les daré yo paraíso dentro de un mes!

Don Abel. Muy alto es lo que está.

Roquito. Conque, niña, vámonos a casa. Doña Josefa, enhorabuena; don Pablo, lo mismo le digo a usted. Que vean entrar en quintas a los nietos.

Doña Josefa. Falta que los haya.

Don Pablo. Ellos se encargarán... Se ríen.

Candidita. Don Pablo, quede usted con Dios; doña Josefa...

Doña Josefa. Adiós, hijita...

Roquito. Jóvenes, que se quieran ustedes siempre como ahora.

Teresita. Más, más, más.

Jaime. Más, más, más.

Candidita. Adiós, Jaime: adiós, Teresita. Te envidio sin reservas.

Don Abel. Niña, vámonos nosotros también.

Marta. Vámonos, tío.

Teresita. ¿Tan pronto?

Don Abel. Doña Josefa, no le digo a usted nada; don Pablo, a usted tampoco le digo nada.

Marta. Adiós, don Pablo; adiós, doña Josefa.

Don Pablo. Adiós, muchacha.

Doña Josefa. Adiós, Martita.

Don Abel. Teresita, no te digo nada; Jaime, a usted tampoco le digo nada.

Jaime. (Es claro: ¡como que no se le ocurre nada!)

Marta. Teresita, mil felicidades.

Teresita. Adiós: ¿qué ha habido de eso?

Marta. Ya hablaremos después.

Requejo. Conque, salud, si es posible, y prosperidad, en la que no creo. Paciencia y aguantar los palos.

Teresita. ¿Quiere usted irse, majadero?

Requejo. Los más oportunos son los que os han regalado cuchillos.

Jaime. ¡Muchas gracias!

Requejo. Mi regalo será un revólver.

Teresita. ¡Jesús!

Doña Josefa. ¿Acaba usted de largarse, hombre de Dios?

Requejo. *Que la mayor belleza
se casa para ver a su marido
hecho un tronco y dormido
con gorro de algodón en la cabeza.*

Don Pablo. ¡Fuera! ¡fuera de aquí Requejo!

Doña Josefa. ¡Fuera!

Marta, Teresita, Candidita y Jaime. ¡Fuera! ¡fuera!
¡a la calle!

Don Pablo. ¡A la calle este tío gordo de la mala sombra!

Requejo. Señores, tanto honor... Vase por la puerta del foro, envuelto entre todos y en medio de la gritería general.

Quedan en la escena doña Josefa, Jaime y Leopoldo. Jaime va también a despedir a los amigos, a tiempo que ve a Leopoldo y se detiene contemplándolo.

Jaime. ¿Qué le pasa a ése?

Doña Josefa. Es verdad.

Jaime. ¿Qué te ocurre, chico?

Doña Josefa. ¿Qué le sucede a usted?

Leopoldo. Nada: que parezco un hombre y soy un asno. Despidiéndose. Doña Josefa... Jaime... Abur. Un millón de venturas en esta vida y en la otra. Mañana me voy de Madrid.

Doña Josefa. ¿Adónde?

Leopoldo. ¡Al mar!

Jaime. ¿A pintarlo?

Leopoldo. ¡A tirarme!

Jaime. Chico, ¿estás loco?

Leopoldo. Loco completamente. Adiós. Vase de estampía por la puerta del foro.

Jaime. En broma lo dice, pero en su vida ha dicho una verdad como esa. Al encaminarse hacia el foro se fija en que las figuras de las columnas están cambiadas y suelta un terno. ¡Caramba! ¿otra vez? ¡Esto ya es que se quieren divertir conmigo!

Doña Josefa. ¿Qué dices, hombre?

Jaime. ¡Que me cambian estas dos figuras a cada instante! Trocándolas él. ¡Y a mí me da la gana de que ésta esté aquí y ésta esté aquí! ¡Ea!

Doña Josefa. Pues no hay más que hablar.

Llega TERESITA sofocadisima y muy agitada, por la puerta del foro.

Teresita. ¡Ay!... ¡ay!...

Jaime. ¿Qué es eso, corazón?

Doña Josefa. ¿Qué es eso, hija?

Teresita. Me da... me da el ataque.

Jaime. Pero ¿qué ha sido ello?

Teresita. ¡Una barbaridad muy gorda que Requejo me ha dicho!

Jaime. Ahora verá... Corre hacia el foro.

Teresita. No, no, no, Jaimito; no vaya a volver.

Llega oportunamente DON PABLO.

Don Pablo. ¿Adónde vas, hombre?

Doña Josefa. A ninguna parte; estáte aquí. ¿Se fueron ya todos?

Don Pablo. Todos.

Teresita. ¡Ay!... ¡ay!... Me da... me da... lo estoy viendo venir...

Jaime. Vida mía, tranquilízate...

Doña Josefa. Hija mía, por Dios...

Don Pablo. ¿Quieres un poquito de agua?

Teresita. Reparando en las dos figuras del foro. ¿Qué es eso? ¿Quién ha puesto así las figuras?

Jaime. Ah, ¿pero eres tú la que las cambia?...

Teresita. Ah, ¿pero eres tú?...

Jaime. ¿Eres tú?

Teresita. ¿Eres tú?

Van al foro, y corriendo el uno detrás del otro de columna a columna, cada cual trata de colocar las figuras a la inversa que siempre.

Jaime. ¿Te gustan más en la otra forma?

Teresita. ¿Te gustan más a ti?

Jaime. Pues a tu gusto, a tu gusto...

Teresita. Pues, no, señor; al tuyo...

Jaime. Pero si a ti te agradan más así...

Teresita. Pero si tú las prefieres del otro modo...

Jaime. Que no, que no, que no, que no, que no...

Teresita. Que sí, que sí, que sí, que sí, que sí... De repente, soltando la figura. ¡Ay, mamá!

Doña Josefa. ¿Qué te pasa?

Jaime. ¿Qué tienes?

Teresita empieza a hacer visajes. Todos la auxilián.

Don Pablo. ¡Pícaros nervios!

Doña Josefa. ¡Vaya por Dios! Sosiégate, hija.

Jaime. ¡Ay, Jesús! ¡Ay, Jesús!

Doña Josefa. Teresita, hija.

Teresita. Dando chillidos. ¡Hiiiiiii! ¡hiiiiiii! ¡hiiiiiii!

Jaime. Atribulado. Ay, por Dios... un médico... Leopoldo es algo médico...

Doña Josefa. No hace falta.

Jaime. Sí, sí... yo lo llamo... Se asoma al balcón y grita.
¡Leopoldo! ¡Sube!

Don Pablo. No alarmes, hijo.

Doña Josefa. Si esto pasa en seguida...

Jaime. ¡Sube! ¡sube! ¡sube por Dios!

Doña Josefa. ¿Quieres callar, escandaloso?

Jaime. Teresita mía... encanto... gloria.. vuelve, vuelve (én ti... ¡No vuelve! ¡no vuelve! ¡Parece que está muerta!... Dando gritos de dolor. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!...

Doña Josefa. ¡Vaya un hombre que tenemos en casa!

Don Pablo. ¿No hay un poco de éter?

Jaime. ¡No!

Doña Josefa. ¿Y tila?

Jaime. ¡Tampoco!

Don Pablo. ¿Y agua de azahar?

Jaime. ¡Menos! ¡Si aquí no hay nada más que cuchillos!

Doña Josefa. Ya le pasa .. ya vuelve...

Jaime. ¿Sí? ¿sí?

Doña Josefa. Mírala... mírala...

Don Pablo. Sosiégate, cálmate...

Jaime. ¿Me ves ya, Teresita?

Teresita. Sí... Jaimito... sí... ¿Te he dado mucho susto?

Van acudiendo preeipitadamente, por la puerta del foro, uno detrás de otro y por el orden que se les nombra, LEOPOLDO, CANDIDITA, MARTA, ROQUITO, REQUEJO y DON ABEL, todos ellos con la lengua fuera, sin poder hablar una palabra y respirando con gran angustia.

Leopoldo. ¿Qué es eso?

Jaime. Nada, nada...

Candidita. ¿Qué ocurre?

Doña Josefa. Nada ya...

Marta. ¿Qué hay?

Roquito. ¿Qué sucede?

Jaime. Nada, nada ya...

Doña Josefa. Un ataquillo, pero ya pasó...

Requejo. ¿Qué ha sido?

Teresita. Un susto...

Don Pablo. Nada ya...

Doña Josefa. Tranquilícense ustedes...

Teresita. No ha sido nada, nada...

Doña Josefa. Nada, nada, nada...

Mientras todos los recién llegados, sentándose donde buenamente pueden, resuellan fatigosamente, cada uno con distinto hipo, Jaime saca un librito de apuntes y escribe:

Jaime. «Éter, tila y agua de azahar.»

Don Abel, más fatigado que todos juntos, muestra bien a las claras que las va a liar en el entreacto.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero, año y medio después. Leves alteraciones en la colocación de los muebles, y algunos cuadros y cachivaches más. Al foro, en la pared, la trompctilla de un tubo acústico que se supone que comunica con el cuarto inferior. Es por la mañana.

La escena sola. Suena varias veces el pito del tubo acústico, con acentos de angustia, y sale RAMONA por la puerta del foro.

¿Qué querrá el señor? Desde que se mudó al tercero y le pusieron este aparato, nos trae locos. Hablando y escuchando por la trompetilla. ¿Quién es?...—¿Qué?...—No, señor, no han salido.—¿Va usted a subir?—Bueno, yo se lo diré a la señorita. Vase por la puerta de la izquierda. Queda la escena sola unos momentos.

TERESITA y JAIME hablan dentro.

Jaime. ¿Vamos a recibir al viejo?

Teresita. ¿Vamos a recibirlo, gloria?

Jaime. ¿Vamos a cantarle los lobitos?

Teresita. ¿Vamos a cantárselos?... ¡Ajajay! ¡qué rico eres!...

Salen por la puerta de la izquierda los dos. TERESITA trae en las manos, levantándolo y haciéndole fiestas, a TEODOMIRO, el primer fruto de su matrimonio, vestido ya de nagüillas. JAIME viene

delante de ella, andando de espaldas y mostrándole sus manos al niño en infantil y constante voltear, mientras le canta lo que sigue. Cruzan la escena y se van por la puerta del foro, repitiendo el canto.

Jaime. *Cinco lobitos tenía una loba,
cinco lobitos detrás de una toba;
cinco tenía y cinco criaba
y a todos cinco tetita le daba.*

Vuelve a quedar la escena sola. A poco se oye dentro a DON PABLO que besa y le hace fiestas a Teodomirito, acompañado en ello por los papás, y en seguida salen todos por la puerta del foro.

Don Pablo. ¿Quién es tu padrino, granuja? ¿Quién te quiere a ti?

Teresita. Su mamá, su mamáita lo quiere más que nadie, ¿verdad, cielo?

Jaime. ¡Ay, qué tunantillo es, qué tunantillo es! ¡Rey de la casa!

Don Pablo. ¡Mira cómo se ríe el picarón!

Jaime. ¡Ji, ji, ji!...

Teresita. Me lo como, me lo como, me lo como...

Viene por la puerta de la izquierda DOÑA JOSEFA, a completar el «cuadro de familia».

Doña Josefa. ¿Se comen a mi niño? ¿Se lo comen? ¿Quién es ese pillo? ¡Ven acá tú, con abuelita, ángel!

Teresita. Dándole el niño. ¿Sabe usted que pesa, mamá?

Doña Josefa. ¡Ea, ea, ea, ea!... ¿Qué? ¿va a dormir el lucerito de la mañana?

Jaime. No, no, que no duerma por Dios, que luego de noche...

Teresita. ¡Ay, qué noche nos ha dado el muy lloroncete!... ¡Lloroncete!... ¡lloroncete!... ¡lloroncete!...

Don Pablo. Desde abajo lo he estado oyendo yo... No toqué el pito porque era casi el amanecer...

Doña Josefa. Mira qué atención pone: parece que se está enterando.

Teresita. Es que tiene este chiquillo cosas que no son propias de su edad.

Jaime. Ya dice que *no* y que *sí* con la cabecita...

Teresita. Y se le pregunta: ¿cuánto me quieres? Y abre los bracitos así...

Don Pablo. ¡Qué mono!... Mostrándole uno por uno los dedos de una mano. Teodomirillo: éste puso un huevo, éste lo puso a asar, éste le echó la sal, éste lo meneó y éste picarillo gordo se lo comió...

Jaime. ¡Ji, ji, ji!

Teresita. ¡Gloria de su madre!

Doña Josefa. Vamos a perder la cabeza con este diablillo.

Teresita. Déselo usted al ama, no llore.

Doña Josefa. Llamando. ¡Raimunda! ¡Ama!

Teresita. Si no tuviera tan buena leche la echaba a la calle. Es mas remolona y más bestia... ¡Ama! ¡Raimunda!

Sale RAIMUNDA por la puerta de la izquierda, gruñe que gruñe y con cara de pocos amigos.

Doña Josefa. Tome usted.

Teresita. Y cuidadito con llevárselo a la cocina, que se le agarra a la gargantita el aceite.

El Ama gruñe.

Jaime. Y nada de asomarse al balcón, no tengamos una desgracia.

El Ama vuelve a gruñir.

Teresita. ¡Ay, por Dios, no lo pienses siquieral

Don Pablo. Cántele usted, cántele usted mucho.

Gruñe otra vez el Ama.

Doña Josefa. Y no se ponga usted en las corrientes.

Jaime. Ni junto al gato, que le tiene envidia.

Teresita. Y déle usted un pechito ahora, que el angelito lo está deseando.

Vase Raimunda por la puerta de la izquierda, sin dejar sus gruñidos.

Don Pablo. ¡Qué agradable, qué simpática y qué comunicativa es esa señora!

Teresita. Ay, papá, calle usted por Dios, que puede enterarse y darnos un disgusto.

Jaime. Le pasamos carros y carretas, pero no hay más remedio.

Teresita. Nos le está criando muy gordo.

Doña Josefa. Esa es la verdad: ella será una mula, pero al chiquillo da gozo verlo.

Don Pablo. ¿Quién dice lo contrario? El chiquillo es un rollito de manteca.

Teresita. Tan sonrosadito... tan mono...

Jaime. Las carnecitas tan apretadas...

Teresita. Con súbito arranque de entusiasmo y de amor maternal. ¡Hiiii! ¡Gloria mía! ¡encanto! ¡cielo! ¡paraíso! ¡Hiiii! Le voy a dar un beso ahora mismo. Echa a correr hacia la puerta de la izquierda y se va por ella.

Jaime. Y yo otro, y yo otro. Vase detrás de Teresita.

Don Pablo. ¿Ha visto usted cómo anda esta gente?

Doña Josefa. Es que este es el último cuarto de la luna de miel. Advirtiéndole a usted que yo ando peor que ellos.

Don Pablo. Y yo peor que usted todavía.

Doña Josefa. ¿Quiere usted creer que me están entrando ganas de ir a darle un beso también?

Don Pablo. ¿Por dárselo o por recibirlo?

Doña Josefa. Por las dos cosas.

Don Pablo. Para que sea completo, ¿verdad?... Sí, porque los besos sin contestación son poco menos que una sosería... ¿Se acuerda usted?

Doña Josefa. ¿Quiere usted callar, cirueña pasa? ¿Que siempre ha de tener usted ganas de fiesta?

Don Pablo. ¿No ve usted que me quedo siempre con las ganas, señora?

Doña Josefa. Prestando atención hacia la izquierda. ¿Oye usted, don Pablo? ¡Se lo están comiendo a caricias! ¡Ay! ¡Quién lo viera hecho un hombre!

Don Pablo. Esa es la mía; eso es lo que a mí me

quita el sueño... ¿Para qué será uno abuelo a esta edad?

Doña Josefa. ¡Porque este mundo está como Dios quiere!... Debía una tener los nietos a los veinte años.

Don Pablo. ¡Eso es! ¡Aunque hubiese que pedir a la novia con niñera!

Doña Josefa. Perdemos los estribos en hablando de Teodomirín.

Don Pablo. También ha tenido un poco de guasa el bautizarlo con ese nombre.

Doña Josefa. ¡El de mi marido, don Pablo!

Don Pablo. ¡Doña Josefa, ya lo sé! Y reconozco que no está mal que se llame don Teodomiro un señor como su difunto de usted, que era bolsista y que estaba gordo... ¡Pero mire usted que ponerle don Teodomiro a un niño de esa edad!

Doña Josefa. ¡Lo menos que se figura usted es que mi esposo nació ya bolsista y con panza!...

Don Pablo. Riéndose. ¿Sabe usted que parece que jugamos a los disparates?

Doña Josefa. Sí que tenemos buen humor.

Don Pablo. Señal de que estamos satisfechos.

Doña Josefa. Es la alegría de aquellos, que viene hasta aquí.

Don Pablo. Porque sabe que de nosotros ha salido, y le gusta darse una vueltecita por su casa.

Doña Josefa. Mire usted, abuelo: cada beso que le dan al nieto me parece que me lo dan a mí.

Don Pablo. ¡Y se lo dan a usted, qué duda cabe! ¡*Por tabla*, pero se lo dan a usted!

Doña Josefa. ¿Y qué será que a ninguno se quiere como al último?

Don Pablo. Muy sencillo. Uno siente que esto se va, que la entrega de un momento a otro, y todo el cariño que le queda en el corazón, quiere echárselo encima al nieto...

Doña Josefa. Puede que sea así; pero a mí no me

hace gracia emprender el viaje tan pronto: no me asuste usted.

Don Pablo. Ah, ¿pero usted se figura que para mí es un confite la noticia?

Doña Josefa. ¿No, verdad? Pues le prevengo a usted una cosa, consuegro.

Don Pablo. Diga usted, consuegra.

Doña Josefa. Que usted las lía primero que yo.

Don Pablo. ¿Sí, eh? Pues que sea enhorabuena, porque va usted a durar más que una taza rota.

Doña Josefa. ¿Tanta cuerda tiene usted, don Pablo?

Don Pablo. Cuando yo le digo a usted que esté tranquila... Ya hablaremos dentro de treinta años.

Doña Josefa. ¿Dentro de treinta años? ¡Ahora sí que jugamos a los disparates!

Los dos sueltan la risa.

Vuelve TERESITA con JAIME.

Teresita. Estaba agarrado al pecho como una fierrecilla, y me ha echado una mirada con el rabillo del ojo, ¡de lo más inteligente!

Jaime. Limpiándose la cara con el pañuelo. A mí me ha llenado toda la cara de babitas... ¡Ji, ji, ji!

Don Pablo. Teresa, toma. Le da dos moneditas de cincuenta céntimos.

Teresita. Ay, papá, muchas gracias. A Jaime. Mira: dos moneditas más. A doña Josefa. Mamá, otras dos moneditas. Depositándolas en una alcancía que hay en el foro sobre un mueble. Para librar de quintas a mi Teodomirín.

Doña Josefa. Si es que no se libra por la talla.

Don Pablo. Por la talla no se libran ya más que los jorobados. Y mi nieto va a ser un real mozo.

Jaime. Pero se puede librar por el número.

Teresita. ¡Ca! Será muy desgraciado en el juego, porque tendrá mucha suerte en los amores.

Jaime. Como yo, como yo... ¡Ji, ji, ji!

Teresita. Y como yo.

Jaime. He tenido yo más, chachita.

Teresita. No, no, no, que he tenido yo más.

Doña Josefa. Bueno, vamos a dejar los mimos ahora, que hay varias cositas que hacer. A Teresa. ¿Le has escrito a tu tío?

Teresita. Sí. Sobre tu mesa tienes la carta, Jaimín, para que luego le pongas los acentos.

Jaime. ¿Le has puesto tú las comas?

Teresita. Sí; a mi modo: una palabra sí y otra no.

Don Pablo. Parecerá la carta un hormiguero.

Doña Josefa. ¿Y qué le dices a tu tío?

Teresita. Nada de particular: que aún no ha venido la visita que nos anuncia.

Jaime. Más que a un dolor le estoy yo temiendo a esa visita.

Don Pablo. ¿Ustedes los conocen?

Doña Josefa. De una temporada que estuvimos en Majalandrín con mi hermano. Es un matrimonio de sainete, pero inofensivo. A él, no sé por qué, le llaman los chicos del pueblo *Tiburón*, y creo que se pone por las nubes.

Jaime. ¡Ay, *Tiburón!* Eso tiene gracia... ¡*Tiburón!*

Teresita. Las cosas de los pueblos.

Don Pablo. ¿Han llamado, tú?

Jaime. Sí.

Doña Josefa. ¿Quién será ahora?

Teresita. ¡Requejo! No hay mucho que pensar.

Don Pablo. Pero ¿es que vamos a tener Requejo a diario?

Jaime. ¿Y qué remedio queda? ¡A mí ya no me falta más que pegarle un tiro!

Doña Josefa. Pues pégaselo.

Teresita. Y vendrá a almorzar. Y es un sucio en la mesa.

Doña Josefa. Y fuera de la mesa también es un sucio.

Teresita. Vamos, a mí me pone nerviosa ese hombre. No quiero verlo, no quiero verlo, no quiero verlo... Se va por la puerta de la izquierda presurosamente.

Doña Josefa. Ni yo tampoco, porque me voy a descarar con él. Vase detrás de Teresita. ¡Jesús! ¡qué postilla!

Jaime. ¿Ve usted?

Don Pablo. Ya, ya veo. Les sobra razón, ¿eh? Ha tomado de apeadero la casa.

Aparece REQUEJO por la puerta del foro, todo salpicado de barro.

Requejo. Hola. Jaime, ¿tienes ahí un cepillo, que mira cómo me ha puesto un coche?

Jaime. ¡Me alegro!

Requejo. A punto de cogirme estuvo.

Don Pablo. ¡Así te coja la máquina de apisonar, sinvergüenza!

Jaime. Espere usted a que se seque un poco.

Requejo. Mejor es. Chico, vengo a almorzar.

Jaime. ¡Caramba!

Requejo. Y a desayunarme primero. A estas horas— las doce son— no ha entrado en mi cuerpo ni agua. Puedo cantar misa.

Don Pablo. Hombre, ¿y cómo no ha tomado usted cualquier cosilla por ahí?

Requejo. ¿Usted sabe con el humorcito que he salido yo de mi casa? Van ustedes a ver qué escena...

Don Pablo. No, señor, no vamos a verlo. Si empieza usted, me largo.

Requejo. ¡Un capricho de Goya!... Mi mujer...

Don Pablo. ¡Caray con el hombre!

Jaime. ¡Que no queremos oír calamidades!

Requejo. ¡Señor, si para mí es un desahogo!...

Don Pablo. ¡Justamente! ¡es un *desahogo* como no hay ejemplo! ¡Porque se está mal en la propia casa venir a molestar a la ajena!

Requejo. Es que usted no se puede imaginar... ¡Si aquello es el delirio, don Pablo! ¡Calculen ustedes que

mi suegra, de remate ya, está escribiendo un folleto anarquista, y me llena la casa de *compañeros!* El compañero Pérez, el compañero Sánchez... ¡Y el compañero Gómez se llevó el otro día un par de botas de mi mujer! Cuestión de ideas...

Don Pablo. ¡Canasto, pues con meterla en un manicomio despacha usted!

Requejo. ¡No la toman! ¡Me dicen que está cuerda! ¡Vamos, hombre! ¡Y se pasa los días dando gritos y tirando de pluma, y las noches inventando explosivos! ¡No hay manera de coger el sueño! Por supuesto que el que va a volar la casa soy yo.

Don Pablo. ¡Me alegraré mucho! ¡Sobre todo si procura usted que le coja dentro! Vase por la puerta del foro hacia la derecha.

Requejo. ¡Qué impertinentes se ponen las personas de cierta edad! Aunque sea tu padre, no dejarás de reconocer que eso no se le dice a ninguna persona decente.

Jaime. Ah, no; a ninguna persona decente.

Requejo. Celebro que estés de parte mía. Voy al comedor a tomarme cualquier futesilla antes que almorcemos.

Jaime. En el comedor, lo que es ahora...

Requejo. Yo buscaré, yo buscaré; no te muevas... ¡O hay confianza o no hay confianza! Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda.

Jaime. ¡Hay demasiada confianza, córcholis! Se queda cruzado de brazos viéndolo irse. Bueno, ¿y qué hago yo con ese hombre? Luego Teresita se enfada, pero ¿qué hago yo? Nada, que le voy a meter dos cerillas en una albóndiga... y pase lo que pase. ¡El envenenamiento: no queda otro recurso! Se sienta en el sofá y se recuesta un poco. ¡Ay! ¡De qué buena gana descansaría un ratillo!... El heredero me trae como un sereno: teniendo que dormir de día... Bostezando y desperezándose. ¡Aaaaaah! Cierra los ojos, decidido a echar un sueñecillo.

Preséntase de improviso LEOPOLDO en la puerta del foro.

Leopoldo. ¿Se puede?

Jaime. (¡Por vida!...) ¿Quién? Se levanta.

Leopoldo. Un amigo.

Jaime. ¡Leopoldo!

Leopoldo. ¡Jaime!

Se abrazan.

Jaime. ¿Cuándo has llegado?

Leopoldo. Anoche. ¡Qué gordo estás! Chico, ¡qué bien sienta esta vida!

Jaime. Al pelo, ya lo ves.

Leopoldo. ¿Y a mí, cómo me encuentras?

Jaime. Como siempre. Un poco más tostado del sol, pero como siempre.

Leopoldo. ¿Y Teresita?

Jaime. ¡Ay, Teresita!... Teresita no se parece a nada... Me tiene loco, loco... ¡Se me ha puesto más rondita y más monal... ¡Ji, ji, ji! Voy a llamarla y la verás, que ha de alegrarse mucho.

Leopoldo. A tu padre lo he visto en la escalera.

Jaime. Vive aquí abajo. En cuanto instalaron el ascensor, le faltó tiempo para mudarse cerca de nosotros. Llamando. ¡Teresa! ¡Teresita! ¡Ven! ¡Verás quién está aquí!

Leopoldo. De seguro que no imagina...

Jaime. ¡Ni ella ni nadie!... Vaya, vaya con Leopoldo...

Sale TERESITA por la puerta de la izquierda.

Teresita. ¡Leopoldo!

Leopoldo. ¡Teresita!

Teresita. ¡En quien menos pensaba yo! ¿Cómo estamos?

Leopoldo. No estamos mal... A usted ya la veo inmejorable...

Jaime. ¿Verdad que se me ha puesto todavía más guapa?

Teresita. ¡Calla, tonto! Siéntese usted.

Se sientan los tres.

Leopoldo. ¿Y su mamá, Teresa?

Teresita. Hecha una pollita de quince años. Ahora saldrá. Está durmiendo a Teodomiro.

Leopoldo. ¡Ay! ¡Es verdad! ¡que no he preguntado por el primogénito! No se enfaden ustedes...

Jaime. ¡Leopoldillo, un encanto, una gloria! Mostrándole una fotografía que lleva en la cartera. Míralo, míralo; el otro día lo retratamos.

Teresita En cuerecitos vivos...

Jaime. No le falta ningún detallito... ¡Ji, ji, ji!

Leopoldo. ¡Buena persona! ¡Qué simpático y qué bonito es! Por supuesto que de tal palo... tal astilla. Deben estar ustedes orgullosos. Le devuelve el retrato a Jaime.

Teresita. Muy esponjada. No es porque sea hijo mío...

Jaime. Nuestro, nuestro...

Teresita. No es porque sea hijo nuestro, pero es un querubín. Ya lo verá usted cuando esté dormidito del todo.

Jaime. Vale más que no lo duerman, mujer.

Teresita. ¡Y si tiene sueño el rey mío!...

Jaime. Sí, pero luego de noche es ella. Se coloca en la cama entre los dos, ¿sabes? y vengan cosquillitas, y venga risa, y venga juego, y tira de aquí, y tira de allá, y no hay quien cierre un ojo dos minutos seguidos.

Teresita. ¿Y a ti te pesa? ¡Mal padre; monstruo!

Jaime. ¡Monstruo! ¡monstruo me llama!... ¡Ji, ji, ji!

Leopoldo. Sois un matrimonio ideal, modelo.

Teresita. Luego, Dios nos ha mandado ese capulito...

Jaime. ¡Y que ha quedado Dios en el encargo de que no sea el último!... ¡Ji, ji, ji!

Teresita. Jaimito...

Jaime. Teresita...

Se ríen los dos y Leopoldo con ellos.

Leopoldo. Vaya, veo que han resuelto ustedes el problema. Los envidio con toda mi alma.

Teresita. Bueno, ¿y usted? Hablemos de usted ahora. ¿Qué aparición es esta? ¿A qué vuelve usted a Madrid?

Jaime. ¿Vienes acaso a la Exposición?...

Teresita. Cuente usted, cuente usted...

Jaime. ¡Vamos, hombre!

Leopoldo. Suspirando. ¡Ay!

Jaime. ¡Adiós!

Teresita. ¿Suspiros? ¡Malo! Digo, bueno.

Leopoldo. Muy serio. ¿Quieren ustedes que les diga a lo que he venido a Madrid?

Jaime. Sí, hombre; pero sin tomarlo en ese tono tan lúgubre. No hace falta.

Leopoldo. A casarme he venido.

Teresita. ¿Hola?

Jaime. ¿Hola? Pues sí que viene a la *exposición*... ¡Ji, ji, ji!

Teresita. Deja los chistes, tonto.— ¿Y con quién va usted a casarse, se puede saber?

Leopoldo. Con Marta.

Teresita y Jaime. ¿Con Marta?

Leopoldo. Alarmado. ¡Qué! ¿Es algún desatino que yo quiera casarme con Marta?

Teresita. ¿Qué ha de ser un desatino? Al contrario: nos parece muy bien; pero... Vamos por partes: ¿está usted seguro de que Marta piensa en usted?

Leopoldo. Seguro: por lo que yo he pensado en ella.

Jaime. A Leopoldo. Oye, ¿la llamo?

Leopoldo. ¿Cómo la llamo? ¿Qué quiere decir eso?

Teresita. ¿Pero no le ha dicho a usted Jaime que Marta vive con nosotros?

Leopoldo. Asustado, temblón. ¿Con ustedes?... ¿Marta?... ¿Y está ahí?...

Jaime. Hombre, no te asustes...

Teresita. Está en misa. Como tenemos la iglesia enfrente, ella solita atraviesa la calle...

Leopoldo. A ver, a ver, explíquenme ustedes... díganme lo ocurrido... No, no; si ya noté yo al entrar que había en esta casa una luz, una transparencia en el ambiente, un aroma... un aroma...

Jaime. Eso del aroma es que gastamos un dineral en papel de Armenia... Con esto del chico...

Leopoldo. ¿Quiere tener formalidad? Teresita, cuéntemelo usted todo ce por be.

Teresita. ¡Si todo es nada! ¿Usted sabrá que el pobre don Abel murió el mes pasado?

Leopoldo. ¡Como que a esa noticia obedece mi regreso a la Corte!

Teresita. Bueno; pues como la pobre Martita vivía sola con él, se quedó... usted lo comprenderá, Leopoldo...

Jaime. A las clemencias del cielo, chico.

Leopoldo. Es claro. Lo que yo imaginé.

Teresita. Y mientras unos parientes lejanos de ella, que están en Lisboa, no resuelven en definitiva si se la llevan o no se la llevan, nos pareció lo natural traérnosla a casa.

Leopoldo. ¡Cuánto les agradezco!...

Jaime. Y nos tiene hechizados, puedes creerme.

Teresita. Es de una delicadeza que encanta. Se resistió mucho a venir; nos hablaba de arreglar sombreros, de coser... ¡Pobrecita!

Leopoldo. ¡Ay! Permítanme ustedes que me desahogue: ¡soy el hombre más grosero de espíritu y más desconsiderado que hay en el planeta!

Jaime. Tú no conoces a Requejo, ¿verdad?

Leopoldo. ¡Hombre, deja las bromas! Teresita, Jaime, amigos míos: ¿no opinan ustedes que mi deber es hablar con Marta, pedirle perdón, decirle que la quiero más cada día? Aconséjenme ustedes, ilumínenme, que

en este paso que voy a dar está mi salvación o mi ruina completa. ¿Qué debo hacer? ¿qué hago?

Llora dentro Teodomirito, con toda la fuerza de sus pulmones y todas las galas de su estilo. Oírlo y levantarse como por resorte Teresita y Jaime y dejar al otro con la palabra en la boca, todo es uno.

Teresita. ¿A ver?... ¿Llora el niño?

Jaime. ¿Llora el niño?

Teresita. ¡Ama! ¡ama!

Jaime. Esa mujer...

Teresita. Ni un momento puedo apartarme... Perdóne usted, Leopoldo...

Jaime. Sí, sí, perdona, chico...

Teresita. ¿Qué le han hecho a mi rey, qué le han hecho?

Jaime. ¿Quién ha sido el infame, que lo voy a matar?

Se van los dos a escape por la puerta de la izquierda. Poco después se oye más lejos el llanto del niño, hasta que se pierde por completo.

Leopoldo. Levantándose. ¡Qué egoistas son los dichosos!... Estos padres felices no tienen entrañas... Pasea desasosegado. Marta aquí, Marta aquí... ¡Si parece providencial todo lo que ocurre!... El corazón me va a saltar del pecho de un momento a otro... ¿Y qué haré yo? ¿Esperarla? ¿irme?... Viendo a MARTA, que llega por la puerta del foro vestida de negro, con gabán y velito, un devocionario en una mano y un rosario envuelto a la muñeca. (¡Ah!) Queda sobrecogido.

Marta. ¿Eh? Reparando en Leopoldo. (¡Jesús, María!) Baja los ojos llena de emoción, y así permanece unos instantes, en que él la mira sin pestañear.

Leopoldo. ¿Cómo está usted, Marta?

Marta. Bien, ¿y usted, Leopoldo?

Leopoldo. ¿Le sorprende a usted encontrarme, verdad?

Marta. Sí; no esperaba...

Pausa breve.

Leopoldo. Por su tío de usted no le pregunto porque ya he sabido que se murió:

Marta. Sí.

Leopoldo. (¡Qué bárbaro! ¡Qué estupidez he dicho!)
Crea usted que lo he sentido con toda mi alma.

Marta. Gracias, Leopoldo. Con permiso de usted...

Vase por la puerta de la izquierda. Leopoldo la ve alejarse emocionado.

Leopoldo. Estallando en locura amorosa. ¡Jesús! ¡Jesús, Dios mío! ¿Qué ha sido esto? ¿Qué torrente de luz es este que se me ha metido en el alma? ¡Está divina! ¡encantadora!... Ese traje negro la hermosea, la idealiza...

Aparece JAIME por la puerta del foro. ¡Jaime! ¡abrázame!

Jaime. ¿Qué te sucede?

Leopoldo. ¡Abrázame! ¡La he visto!

Jaime. ¿La has visto?

Leopoldo. ¡Sí!

Jaime. ¿Y crees en Dios?

Leopoldo. ¡Desde luego! ¡Si supieras qué desconcierto hay dentro de mí; qué derrumbamiento de las mil majaderías que me cegaban; de todas las pequeñeces ridículas que en la ausencia he inventado para olvidarla!...

Jaime. Pero, bueno, no te exaltes, oye: ¿qué piensas hacer?

Leopoldo. ¡Casarme mañana!

Jaime. No seas loco, por Dios. ¿Has hablado con ella?

Leopoldo. Tres palabras. Y le he dicho cuatro tonterías.

Jaime. ¿Nada más?

Leopoldo. ¿Te parecen pocas? Tú me conoces bien. Escucha: se me ocurre una idea feliz.

Jaime. Lo dudo.

Leopoldo. Le voy a escribir una carta.

Jaime. ¡Hombre, no!

Leopoldo. ¿Por qué no?

Jaime. Viviendo aquí con nosotros, siendo tú amigo nuestro, pudiendo hablarle...

Leopoldo. A pesar de eso. Estoy más seguro de mi pluma que de mi palabra. Además, escribiéndole yo, le doy tiempo para que medite su respuesta; evito que sea un chispazo del amor propio herido... Me volcaré en la carta: mojaré la pluma en el corazón... La haré ver mis remordimientos crueles, mi cariño, que se agranda por días... Llévame a tu escritorio.

Jaime. Haz lo que quieras, hombre. Después de todo no me parece mal.

Leopoldo. ¿Es esa habitación que hay a la derecha, según se sale?

Jaime. Sí.

Leopoldo. Pues no te molestes. Necesito estar solo. No quiero figuras decorativas ni sombras chinescas.

Jaime. Gracias.

Leopoldo. Hasta luego.

Jaime. Oye.

Leopoldo. ¿Qué?

Jaime. ¿Tú almorzarás hoy con nosotros?

Leopoldo. ¡Yo no necesito almorzar hoy! Vase por la puerta del foro, hacia la derecha.

Jaime. ¡Atiza! Estoy viendo que ese se pasa el día metido en el despacho. Sí; porque ningún borrador va a gustarle... Allá él... A mí, por de pronto, que me entren moscas... Entornando este balcón un poquillo, me tumbo en el sofá y descanso aunque sean diez minutos. No me lo impide nadie. Cierra las puertas del balcón, se quita la americana y se tiende a la larga en el sofá del foro. Si no hago esto voy a pasarme el día como los abejorros, tropezando en todas las paredes... ¡Aaaaaah!... Se queda casi instantáneamente cuajado como un ángel. A poco se le cae un brazo y se coloca panza arriba en actitud nada académica. Lo que agradece el cuerpo un descansillo... por pequeño que sea... Resueña fuerte, ronca algo, rumia y se entrega a todo género de libertades.

Aparece RAMONA en la puerta del foro, con DOÑA FEDERICA y DON CARMELO. Son los de Majalandrín y está todo dicho. La señora usa «impertinentes» y el caballero botón en la solapa. Visten con pretensiones de elegantes, sin ser caricaturas.

Ramona. Pasen ustedes.

Don Carmelo. Tropezando en una silla apenas llega. Cuidado, Federica. Pasa con la señora al primer término de la derecha.

Ramona. ¿Quién ha cerrado aquí? Va al balcón y lo abre. Siéntense ustedes, que voy a avisar a los señoritos. se marcha por la puerta de la izquierda.

Doña Federica. Has debido darle una tarjeta con un pico doblado.

Don Carmelo. Mujer, por Dios, eso es en las visitas de pésame. No acabas de aprender.

Doña Federica. Oye, yo creo que la hora no será inconveniente.

Don Carmelo. Ya me he cuidado de eso. Es la hora de rigor. Da media vuelta y se encuentra de manos a boca con Jaime en el sofá. Al verlo corre por todo su cuerpo un sudor frío. Hubiera preferido morir de repente. ¡Federica!

Doña Federica. Carmelo.

Don Carmelo. ¿Ves?

Doña Federica. ¡Qué atrocidad! ¿Pues no asegurabas que era la hora de rigor?

Don Carmelo. No me reproches.

Doña Federica. Tú dirás lo que hacemos.

Don Carmelo. Hurgarle no le hurgo ¿Te parece que toque las palmas para que se despierte y nos vea?

Doña Federica. Mejor es otra cosa.

Don Carmelo. ¿Mejor?

Doña Federica. Siéntate aquí, y no hemos visto nada.

Don Carmelo. ¡Bravo!

Se sientan a la izquierda, vueltos de espaldas al sofá. Jaime ronca fuerte.

Doña Federica. Ni hemos oído nada.

Don Carmelo. Nada. Ahí viene la chica.

Doña Federica. Ahora es ella.

Don Carmelo. Yo me hago el chivo loco.

Se pone a hacer dibujos en el suelo con el bastón, y su señora con la sombrilla.

Vuelve RAMONA por la puerta de la izquierda.

Ramona. El señorito debe de estar en el despacho. Al ir hacia el foro ve a Jaime y se queda elavada. (¡Dios mío!)

Doña Federica. (Estoy sudando caldo del puchero.)

Don Carmelo. Tarareando. Lará, lará, lará, lará...

Ramona. (Lo llamaré: ¿qué voy a hacerle?) Señorito Jaime... señorito Jaime... Gritando al ver que no se despierta. ¡Señorito Jaime! ¡Que están aquí los señores de Majalandrín!

Jaime. Sin abrir los ojos y sin haerse cargo de la situaeión. ¿Eh?

Ramona. ¡Que están aquí los señores de Majalandrín!

Jaime. Diles que he salido.

Don Carmelo. Dándole un eodazo a su señora. (¡Federica!)

Ramona. (¡Virgen!) Señorito, si es que *están aquí...* ¿no se ha enterado usted?

Jaime. En el mismo estado. ¡Que se vayan! No tengo ganas de recibir paletos ahora... Da media vuelta en el sofá.

Don Carmelo. Como antes. (¡Federica!)

Doña Federica. (¡Carmelo!)

Ramona. Despertando a Jaime a viva fuerza. ¡Señorito, por Dios!

Jaime. ¿Quieres dejarme?

Ramona. ¡Señorito!

Don Carmelo. Levantándose de un salto. No le moleste más. Nos iremos.

Se levanta también doña Federica.

Jaime. Incorporándose aterrado al oír la voz de don Carmelo y poniéndose de pie muerto de vergüenza. ¿Eh?... ¿Cómo?... ¡Ah! Señora... Caballero... Ustedes perdonen... A Ramona. Mu-

jer, bien podías... Reparando que está en chaleco. (¡Uf!) Se pone la americana a escape. Bien podías haberme avisado. .

Ramona. Señorito, yo...

Jaime. Vete, vete; no hables. Vase Ramona por la puerta del foro. Estas criadas... Pero siéntense ustedes, por María Santísima... (¡Yo mato a Ramona!)

Don Carmelo. Deploraríamos haber venido a incomodar...

Jaime. ¡Calle usted, señor mío!... Nada de eso... Siéntense ustedes... Se sientan los de Majalandrín. Tengo la manía de acostarme a descansar ahí... Como el chico nos da tan malas noches... (Me parece que peor es meneallo.) Pero ¿no le han avisado a mi mujer? Va a la puerta de la izquierda y grita. ¡Teresa! ¡Ven, hija mía, que tenemos aquí a *Tiburón!*

Don Carmelo. Levantándose. ¿Eh?

Jaime. (¡Adiós! ¡le he llamado por el mote!)

Don Carmelo. ¿Ignora usted mi apellido, señor caballero?

Jaime. (Éste me salta un ojo.) No, ¡qué disparate! sino que... que... Vaya, vaya... Pero sentémonos.. se sientan. (Van dos seguidas que ya, ya.) ¿Y qué tal el viaje?

Doña Federica. Bien. En primera.

Jaime. Conque en primera... Bueno, bueno... ¿Por mucho tiempo aquí?

Don Carmelo. No; nos iremos pronto...

Doña Federica. Ya ve usted; a la una es la mesa redonda...

Jaime. Si digo en Madrid, señora mía.

Don Carmelo. ¡Ah! (¡Qué finura de ingenio hay en la Corte!)

Doña Federica. En Madrid estaremos una semanita.

Jaime. Una semanita... Pausa breve. ¿Y por allá, bien?

Don Carmelo. Bien, sí, señor.

Jaime. ¿El tío bien?

Doña Federica. Sí, señor, bien.

Jaime. ¿Los niños bien?

Don Carmelo. Bien, bien; los niños están bien.

Doña Federica. El tío nos encargó mucho que viniéramos a visitar a ustedes...

Jaime. Je, je... (A esta señora la he visto yo por una perra gorda.)

Llega TERESITA por la puerta de la izquierda.

Teresita. ¿Cómo vamos? Doña Federica, tantísimo gusto... Don Toribio...

Don Carmelo. Don Carmelo.

Teresita. ¡Don Carmelo!... ¿Qué tal, qué tal?...

Don Carmelo. Señora...

Doña Federica. Señorita...

Teresita. Siéntense, siéntense. Se sientan todos.—A Jaime bajo. (Oye, ¿qué trae don Carmelo en la solapa? ¿Es un caramelo de los Alpes?)

Les dos sofocan la risa con gran esfuerzo. Pausa.

Jaime. Vaya, vaya, vaya...

Teresita. ¿Por mucho tiempo aquí?

Don Carmelo. Aquí, en Madrid, por una semana.

Jaime. Je...

Teresita. ¿Y por allá, bien?

Doña Federica. Bien, sí, señora.

Teresita. ¿El tío bien?

Don Carmelo. Sí, señora, bien.

Teresita. ¿Los niños bien?

Doña Federica. Bien, bien; los niños están bien.

Don Carmelo. El tío nos encargó mucho que viniéramos a visitar a ustedes...

Llega también por la puerta de la izquierda DOÑA JOSEFA.

Doña Josefa. ¡Hola, hola! ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Cómo sigue usted, Federica?

Doña Federica. Bien, ¿y usted?

Doña Josefa. ¿Y usted, Gundemaro?

Don Carmelo. Carmelo, señora.

Doña Josefa. ¡Ay, es verdad! ¡Qué cabeza la mía! Pero siéntense ustedes.

Se sientan todos.

Jaime. Bueno, bueno, bueno...

Doña Josefa. ¿Mucho tiempo entre nosotros?

Doña Federica. Una semanita.

Doña Josefa. ¿Por allá bien, eh?

Don Carmelo. Bien, sí, señora.

Doña Josefa. ¿Mi hermano bien?

Doña Federica. Sí, señora, bien.

Doña Josefa. ¿Los niños bien?

Don Carmelo. Bien, bien; los niños están bien.

Doña Federica. Su hermano de usted nos encargó mucho que viniéramos...

Don Carmelo. ¡Ah, es claro! Si no nosotros no hubiéramos venido.

Jaime. Ustedes siempre vienen a su casa...

Don Carmelo. La de ustedes en Majalandrín, Larga del Boticario, 15...

Teresita y Jaime sofocan nuevamente la risa. Pausa. Sonrisas generales. No surge una idea ni para un remedio.

Teresita. Vaya, vaya, vaya...

Doña Josefa. Bien, hombre, bien...

Jaime. ¡Caramba, caramba, carambal...

Don Carmelo. Pues... el tío está rabiando por conocer al pequeñuelo de ustedes...

Doña Federica. ¿No anda por ahí?

Teresita. Todavía no anda, señora.

Doña Federica. Tendría gusto en verlo.

Jaime. ¿Y si se asusta?

Don Carmelo. ¿Eh?

Teresita y Jaime apenas pueden ya tener la risa.

Doña Josefa. En cuanto ve personas extrañas se asusta.

Teresita. Según le coge. Llamaremos al ama a ver. ¡Raimunda! ¡Traiga usted al niño!

Jaime. Aprovechando la ocasión para soltar la risa naturalmente. Teresita se ríe con él. Es un monicaco que nos tiene sorbido el seso. ¿Ustedes tienen hijos?

Don Carmelo. Sí, señor; uno de Federica y otro de un servidor de ustedes.

Teresita. ¿Cómo?

Doña Federica. De nuestros primeros enlaces. Éste y yo no hemos *congeniado*.

Pausa. Todos clavan la vista en el suelo. Después todos levantan al mismo tiempo los ojos y se miran.

Don Carmelo. (No se me ocurre nada absolutamente. ¡Qué angustia!)

Doña Federica. A don Carmelo. (Se te ha soltado la cinta de los calzoncillos.

Don Carmelo. ¡Maldición!) Hace esfuerzos por recogerla con disimulo y no puede. La preocupación le amarga la visita.

Jaime. Lo que quiero que nos digan ustedes es dónde viven, para ir a visitarlos antes que se marchen.

Don Carmelo. ¡Ah, no, no; cumplidos con nosotros, no!

Doña Federica. Nosotros somos muy *a la pierna la llana*.

Don Carmelo. Estamos reñidos con la *pompadur*.

Teresita. ¿Qué?

Don Carmelo. Además, vamos a trasladarnos de fonda.

Doña Josefa. ¿Y eso?

Don Carmelo. Porque nos dijeron ayer una cosa que no tiene gracia ninguna: parece ser que junto a nuestra habitación hay tres enfermos de viruelas.

Teresita, doña Josefa y Jaime dan un grito agudísimo y se ponen de pie. Inmediatamente se levantan también los de Majalandrín con el asombro consiguiente.

Teresita, Doña Josefa y Jaime. ¡Ah!

Don Carmelo y Doña Federica. ¿Eh?

Jaime. ¿Viruelas dice usted?

Teresita. ¿Viruelas en la fonda?

Doña Josefa. ¿Viruelas?

Don Carmelo. Viruelas, pero...

Teresita. ¡No hay pero que valga!

Doña Josefa. ¡Por la Virgen del Carmen!

Teresita. Encarándose con don Carmelo y doña Federica. ¡Jesús! ¡Yo me voy ahora mismo de aquí! ¡Es una imprudencia! ¡es una imprudencia saber eso y venir a una casa en que hay una criatura! ¡No se acerquen a mí! ¡no se acerquen! ¡Me voy! ¡me voy! Vase de estampía por la puerta de la izquierda.

Los de Majalandrín tratan de hablar y doña Josefa, que también se encara con ellos, no los deja.

Doña Josefa. ¡Al diablo se le ocurre vivir donde hay viruelas y venir acá! ¡Si el niño enferma ustedes serán los culpables! ¡Y mire usted qué responsabilidad tan espantosa para mi pobre hermano, por haber mandado la visita! ¡No lo quiera Dios! ¡no lo quiera Dios! Vase detrás de Teresita.

Durante las palabras de una y otra suena dos o tres veces el pito. Las primeras notas estremecen a los de Majalandrín.

Don Carmelo. Le advierto a usted que parece que son locas...

Jaime. Sulfurándose. ¡Oiga usted!

Don Carmelo. ¡Las viruelas digo, señor!

Jaime. ¡Ah!

Don Carmelo. Por cierto que extraño muy mucho...

Jaime. Disimulen ustedes... Son una madre... y una abuela...

Don Carmelo. (¡Son un par de tarascas!) Nuestro deber es irnos, lo comprendo...

Jaime. Eso sí...

Doña Federica. Crea usted que no caímos en la cuenta...

Don Carmelo. Quede usted con Dios.

Jaime. ¡No me dé usted la mano!

Doña Federica. ¿Y qué le decimos al tío?

Jaime. Que hemos tenido mucho gusto en conocer a ustedes. Pasen delante, pasen.

Don Carmelo. Servidor. A doña Federica, en la puerta del foro ya. (¡Esta visita no se me olvida a mí mientras viva!)

Suena el pito y dan un respingo los dos.

Doña Federica. (¡Ni a mí tampoco!) Se van. Jaime los sigue a alguna distancia.

Pausa. Vuelve Jaime por la puerta del foro, corriendo. La familia entera, llena de sobresalto y terror, corre desolada por la casa. Don Pablo, Teresita, doña Josefa y el propio Jaime, aparecen y desaparecen sucesivamente desahogando la indignación de que están poseídos.

Jaime. ¡Hay que fumigar! ¡hay que fumigar! ¡Teresita! Vase por la puerta de la izquierda.

Don Pablo. Por la del foro. ¡Jaime! ¡Jaime! Pita que pita, y nadie me hace caso... ¡Jaime! Se va tras él.

Jaime. Por la puerta del foro otra vez. ¡Papá! ¡papá! ¿Dónde anda usted? ¡Ay, Santo Dios, qué trance más horrible! ¡Pobre Teodomirín de mi alma!

Don Pablo. Volviendo a salir por la puerta de la izquierda y topándose con Jaime. ¡Jaime!

Jaime. ¡Papá!

Don Pablo. Acaba de contarme Teresita... ¡Qué bárbaros!

Jaime. ¡Qué estúpidos! Hay que fumigar a esa criatura.

Don Pablo. Hay que vacunarla. ¡A escape por un médico!

Jaime. Allá voy yo. Métese por la puerta de la izquierda.

Doña Josefa. Por la del foro. ¡Imprudencia mayor, don Pablo! ¡Estoy indignada! Asomándose al balcón y gritando. Ahora salen de acá. ¡Majalandrines! Apártase del balcón, y no contenta con el insulto vuelve a él y grita. ¡Tiburón!

Don Pablo. Tireles usted una maceta.

Teresita. También por la puerta del foro. ¡Ay, Dios mío! ¡Mamá! ¡papá! ¡Otra desgracia!

Jaime. Con el sombrero puesto, por la puerta de la izquierda. ¿Qué sucede?

Teresita. ¡El ama que dice que se va por miedo a las viruelas!

Doña Josefa. ¡Ay, Virgen del Carmen!

Jaime. ¡Jesús, qué conflicto!

Teresita. ¡Yo estoy que se me puede ahogar con un cabello!

Jaime. ¡Pobre Teodomirín!

Teresita. ¡Hijo de mis entrañas!

Don Pablo. ¡No amilanarse, por Dios vivo! Todo tiene arreglo. A Teresita. Tú, a cantarle la nana al retoño. A doña Josefa. Usted, a convencer al ama para que se quede. A Jaime. Tú, a buscar otra ama, por si acaso. Y yo, por un biberón, por leche, por un médico y por una ternera para la vacuna. ¡Sobre la marcha!

Jaime. ¡Andando!

Teresita. ¡Ay, Dios mío de mi vida!

Doña Josefa. ¡Ay, qué demonios de paletos!

Se van don Pablo y Jaime por la puerta del foro, hacia la derecha; Teresita por la de la izquierda y doña Josefa detrás. Queda la escena sola un rato.

Sale por la puerta del foro REQUEJO, cogido a un brazo de LEOPOLDO.

Requejo. Usted no tiene más que ver el cuadro de esta casa.

Leopoldo. (¡Qué pesado es este señor! Se ha metido en el escritorio y no me deja.)

Requejo. Mire usted en un momento qué tremolina. Inútil ya, ¿eh? Esto es aparte: al chico le dan las viruelas.

Leopoldo. ¡Hombre, por Dios!

Requejo. Usted lo verá. ¡Si en cuanto se casa uno viene la mala y ya no le suceden más que desastres!

Leopoldo. ¡Es usted el único para desilusionar a cualquiera! ¿Cómo se las compone usted para no ver más que el lado negro de las cosas?

Requejo. Pero ¿usted cree que las cosas tienen algún lado de otro color? ¡No sea usted inocente! ¡Hágame usted caso a mí, y no pierda su libertad de pájaro! Usted no sabe lo que es salir a la calle con la mujer, la suegra, los chicos, las amas... y algún perro que se venga detrás. Sube usted a un tranvía y se bajan todos los conocidos... o se van a la plataforma de delante. ¡Desde que me casé no me ha pagado nadie el tranvía!

Leopoldo. Riéndose. ¡Es un argumento que no me convence! ¿Tiene usted muchos chicos?

Requejo. Doce nada más.

Leopoldo. ¿Doce?

Requejo. Es otra gracia de las señoras: cuando dan en echarlos al mundo lo mismo que grajea. Y le prevengo a usted que esas finitas, así de la pinta de la de usted... ¡son de mucho cuidado! ¡Mi señora era un hilo!

Leopoldo. ¡Mejor! ¿Cree usted que yo me casaría si supiese que no iba a tener hijos?

Requejo. ¡Como yo! ¡Lo mismo que yo! *Me estoy oyendo*, cuando tenía la edad de usted. ¡Claro! usted, artista al fin, soñará con dos o tres pimpollos, cabecitas rubias, ángeles de Murillo que hagan un cielo del hogar... ¡Oh! Ya verá usted cuando empiecen a venir uno detrás de otro hasta quince, y todos feos.

Leopoldo. ¿Todos feos?

Requejo. Todos. Mire usted: si son bonitos cuando chicos, se ponen feos después: ¡yo era precioso; no le digo a usted más! Y si cuando chicos son feos, ¡cualquiera los enmienda! Item: además de feos le salen a usted brutos.

Leopoldo. ¡Caramba!

Requejo. Y que no tiene vuelta de hoja. Supongamos que es usted hombre de talento.

Leopoldo. Gracias.

Requejo. Es una suposición nada más.

Leopoldo. Por eso doy las gracias.

Requejo. Bueno, pues a los hombres de talento, ya se sabe y está demostrado: los hijos, brutos. Supongamos, en cambio, que es usted un bruto: ¡pues le salen brutos, no cabe duda! ¡De padres brutos, hijos brutos! ¡Esto es como la luz!

Leopoldo. ¿Y quién le ha enseñado a usted esa teoría tan consoladora?

Requejo. Mi padre, que tenía muchísimo talento.

Leopoldo. Ah, ya. Bueno, pues usted dirá lo que quiera; pero los chiquillos son una gloria, son la alegría del mundo.

Requejo. ¡Oh, sí!... Le quitan a usted el reloj, lo echan al puchero, le pisan las gafas, hacen un carrito del sombrero de copa... ¡Un encanto, un encanto!... Si quiere usted bendecir la paz conyugal, Berengena, 12. Y me voy a ver cómo anda el almuerzo, porque aquí no piensan más que en el niño y yo me estoy cayendo de debilidad. Luego seguiremos hablando. Hace que se va y vuelve.

Leopoldo. Bien, pero de cosas más agradables.

Requejo. Oiga usted un detalle conmovedor: ¿cuántos huevos cree usted que se consumen en mi casa al año?

Leopoldo. Hombre, no puedo calcular...

Requejo. ¡Veinticinco mil! Todas las gallinas de Madrid poniendo nada más que para nosotros... ¡Una delicia! ¡Cuando llegue usted a una situación semejante, tendrá que pintar con las dos manos! ¡Una delicia! Vuelve la espalda y se va por la puerta del foro hacia la izquierda, olfateando. Leopoldo lo sigue hasta el pasillo. Me parece que hay almejas a la marinera.

Leopoldo. ¡Cristo, qué hombre! Espanto da pensar en su casa. ¡Qué perversión! ¡qué grosería! ¡Digo! ¡lo que me quiere quitar de la cabeza!... Sale Marta por la puerta de la izquierda y se encamina a la del foro, donde se encuentra con Leopoldo, que vuelve al gabinete ya. ¡Marta!

Marta. ¡Leopoldo! ¿Otra vez?

Leopoldo. Bien sabe Dios que ha sido casualidad. Parece que la suerte lo dispone.

Marta. Es muy caprichosa la suerte. ¿Me deja usted salir?

Leopoldo. Si es usted la que no me deja a mí entrar.

Marta. Echándose a un lado. Pase usted.

Leopoldo. Gracias. Dentro ya, ahora le suplico que no se vaya.

Marta. Tengo que escribirle a una amiga...

Leopoldo. ¿No quiere usted escucharme antes?

Marta. ¿Sobre qué?

Leopoldo. Con sinceridad y pasión. Sobre que he sido un insensato. ¿Te agrada el tema?

Marta. Para mí no tiene interés.

Leopoldo. ¿Qué dices?

Marta. Lo que oyes. ¿A qué vienes aquí de nuevo? Cuando ya el tiempo ha enfriado nuestro sentimiento—al menos el mío,—cuando nuestra separación me parece la más natural de las cosas, ¿vienes tú a remover lo pasado, a hacerme padecer de nuevo?...

Leopoldo. Fíjate que he dicho que fui un insensato. Lo reconozco, porque ya no lo soy. Marta, Marta mía, en ausencia tan larga yo no he podido ahogar este cariño que me lleva a ti. No he sabido pintar más que tu retrato. Recuerdo que aquí mismo nos vimos por última vez, y que nada pudo el ambiente de este nido de amores sobre nuestros odios de un momento. Nos separamos... y hoy, en el mismo nido, al calor de la misma atmósfera de felicidad, volvemos a encontrarnos... ¿Será que puede más la ley del amor que la de las pasiones mezquinas?

Marta. No lo sé. Con voz apagada por la emoción. Sólo sé que mirándote padezco mucho, que sufro más... y que, sin embargo, encuentro en tu presencia un consuelo, un alivio... ¿Entiendes esto?

Leopoldo. Demasiado. Te hago sufrir, porque supones que ofendo tu cariño todavía; te consuela el verme, porque aún me quieres a pesar tuyo. ¿Es verdad?

Marta. Es verdad.

Leopoldo. ¡Bendita seas! Perdóname. Lo merezco, porque también he padecido mucho. Si mi ceguera fué grande, lo fué porque era hermana de mi cariño. ¡Imagina tú qué lucha en mi ánimo! Pero ya estoy libre de ella: no hay como sufrir para abrir los ojos a la verdad. Más te digo: si mis celos volvieran a inquietar mi corazón alguna vez, yo los ahogaría sin un grito, sin una protesta; y si temiese que pudieran furtivamente asomar a mis ojos, cerraría los ojos para que no los vieses tú.

Marta. Es tan sincero lo que me dices que te creo y te perdono. Efectivamente has aprendido mucho y has cambiado más. Pareces otro hombre.

Leopoldo. Y lo soy.

Marta. Pues yo soy la misma mujer.

Leopoldo. Por eso te quiero yo igual que te quería.

Marta. Yo, en cambio, como has variado para mejorar, te quiero más aún.

Leopoldo. Más que me querías, lo admito; pero no más que te quiero yo a ti.

Marta. Continúas tan ambicioso. En eso eres el mismo de antes.

Leopoldo. Tú sólo en una cosa no eres la misma.

Marta. ¿Sí?

Leopoldo. Estás aún más bonita que estabas.

Marta. Empezaron las flores.

Leopoldo. Buena señal: empezó la alegría.

Marta. ¿Seguirá?

Leopoldo. ¡Quién lo duda! ¡Aquí ya no va a haber más que flores!

Marta. ¿Lo crees así de veras?

Leopoldo. Lo aseguro. Con vehemencia. Si brota alguna espina, de mi cuenta corre cortarla de raíz. Mi casa, nuestra casa, si me permites que así lo diga, ya a ser un paraíso encantado, un rincón del cielo.

Marta. Veo que sigues tan exaltado como te fuiste. Tampoco en eso has variado.

Leopoldo. Ni había para qué. Oye: ¿por qué te peinas ahora así?

Marta. Porque estoy más bonita.

Leopoldo. Celoso. ¿Quién te lo ha dicho?

Marta. Tú.

Leopoldo. ¿Yo?

Marta. Riéndose. ¡Hace dos minutos!

Leopoldo. Lo mismo. ¡Pues es verdad!

Marta. Con candoroso desencanto. ¡Ay, Leopoldo, qué descubrimiento acabo de hacer!

Leopoldo. ¿Cuál, hija mía?

Marta. ¡Qué no has cambiado en nada absolutamente!

Leopoldo. ¡Mal rayo me parta! Pero ¿tú me quieres así, verdad?

Marta. Así te quiero. Mi cariño te cambiará.

Viene JAIME por la puerta del foro con DON PABLO, a tiempo de oír la última frase.

Jaime. ¡Ole!

Don Pablo. ¡Oie! Trae un biberón, unas sonajas, un muñeco de goma con un pito y un globo.

Leopoldo. ¡Don Pablo!

Marta. ¡Jaime!

Leopoldo. ¡Abrácenme ustedes!

Don Pablo. ¡Ya lo creo!

Jaime. ¿Lo ves, hombre, lo ves?

Don Pablo. ¿Y Teodomirín?

Marta. Está más tranquilito. Se queda el ama, ¿sabe usted?

Jaime. ¡Ay, qué felicidad! A Leopoldo. ¡Tú no sabes lo

que es ser padre! ¿Y qué hago yo ahora con esas tres fieras que tengo abajo?

Por la puerta de la izquierda llegan DOÑA JOSEFA, y TERESITA.

Teresita. ¡Jaimín, se queda el ama!

Doña Josefa. ¡Se queda el ama!

Jaime. Ya lo sé, ya lo sé...

Don Pablo. Luego vendrá el médico a vacunar al niño. Me ha dicho que somos unos pamplinosos.

Teresita. Pamplinosos o no, yo lo he fumigado.

Jaime. ¡Bien hecho! ¡Qué talento tienes!

Don Pablo. ¡Mira todo lo que le traigo a ese diablillo!

Doña Josefa. ¡Ay, lo que va a gozar!

Marta. ¿No me dices nada, Teresita?

Teresita. ¡Es verdad, hija!

Doña Josefa. ¡Es verdad!

Teresita. Y es que la cosa es tan natural, que ni siquiera nos había chocado. ¡Que sea enhorabuena!

Doña Josefa. A Marta. ¿Lo ves, tonta, lo ves?

Teresita. A Leopoldo. ¿Lo ve usted, melón?

Leopoldo. ¡Ja, ja, ja!

Leopoldo y Marta charlan a la derecha; al foro, sentados, Teresita y Jaime, y a la izquierda doña Josefa y don Pablo. Mientras unos hablan en alta voz los otros hablan quedo. En todos los ojos resplandece la felicidad.

Marta. Leopoldo, ¡qué contenta estoy!

Leopoldo. Pues ¿y yo, Marta? ¡Jugaría con mi corazón a la pelota!

Marta. ¡No quiero pensar que ha podido escaparse nos esta dicha!

Leopoldo. Lo pasado, pasado. Alegrémonos del día de hoy, y no pensemos más que en el de mañana.

Teresita. Acostadito en nuestra cama está. Yo me quedo embobada mirándolo... Parece una rosita en nieve.

Jaime. ¡Como que es tu vivo retrato, gloria! Nariz y

todo. ¿Te cambiarías ahora mismo por alguien, siendo su mamá?

Teresita. Por nadie, por nadie, por nadie, por nadie...

Doña Josefa. Un nido más que vemos formarse, consuegro mío.

Don Pablo. ¿Cuál? ¿El de aquellos dos?

Doña Josefa. Para esto hemos quedado ya, don Pablo de mis culpas.

Don Pablo. ¡También hemos pasado por lo otro, doña Josefa de mis entrañas! ¡Y bendiga Dios esto, que nos sirve para recordarlo!

Doña Josefa. Eso sí.

Asoma REQUEJO por la puerta del foro, y pregunta:

Requejo. ¿Se almuerza o no se almuerza, señores?

Movimiento de indignación general.

Jaime. Pero ¿dónde estaba usted metido?

Requejo. En la cocina, mariposeando. A Leopoldo. ¡Holal! ¿qué veo? ¿Por fin cayó usted en la ratonera?

Leopoldo. ¡Por fin!

Requejo. ¡Buena mamarrachada está! Siempre lo tuve a usted por persona discreta, pero desde ahora lo considero un loco.

Marta. ¿Sí, eh? Pues yo siempre lo he tenido a usted por un moscón insoportable, y cada día me afirmo más en mi opinión, que es la de todos los presentes.

Sueltan todos la carcajada.

Requejo. Calma, calma. El chiste injusto arrolla por el momento, pero no resiste el análisis. Vamos a almorzar, y de sobremesa discutiremos sobre el matrimonio, sobre mis tabarras y sobre el nido.

Teresita. No hay quien pueda con él.

Al público.

De todas las opiniones

por la tuya me decido,
que no admite apelaciones...
Tus palmas serán razones
para defender el nido.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Setiembre, 1901.

... of the ...
... of the ...
... of the ...
... of the ...

... of the ...

... of the ...